EL BRUJO DEL TIEMPO

◆

NOVELA DE AMBIENTE PORTORREALEÑO

◆

EL BRUJO DEL TIEMPO

ENVIO:
A Puerto Real, creación luminosa y riente de los ínclitos Reyes Católicos.
LA AUTORA.

I

Corría el tren, por las llanuras gaditanas llenas de sal alba y brillante; formando pirámides — amplias sonrisas en la morena tierra — como vigías dóciles, o, como pregón alegre y vibrante anunciador de la proximidad del pueblo, en una mezcla incomprensible de grito y silencio. El tren se acercaba a Puerto Real y veíanse los pinos agrupados balbuceando el abrazo al caserío y buscando la amistad y compañía del mar.

Asomada a una ventanilla iba Carmen Salmerón.

Carmen Salmerón—belleza serena y auténtica— veranearía en Puerto Real. Era un verano forzoso, obligada por su madre, que de la costumbre había hecho un rito. Así, Carmen, vió muchas veces y en diferentes épocas del año el paisaje y ya le era familiar; pero sabía, que no podía sustraerse al influjo de la visión de las pirámides de blancura hiriente que le hablaban de continuidad, de alertas, de alegría; le gustaba ver los cuadro dentro de los muros de un verde oscuro; los había visto llenos de aguas quietas y transparentes, reflejando los palos del telégrafo, o la casita en cuya delantera las gallinas picoteaban ajenas al tren que pasaba y a los fantásticos espejos que tenían a su alrededor; otras veces, con las aguas semicuajadas en unos tonos rosa; de noche, a la luz lunar, parecía la planicie ocupada por un inmenso cristal roto en incontables fragmentos A Carmen le agradaba el paisaje, le enamoraba su belleza cándida y juguetona, pero cuando desaparecían los montoncitos de sal, y la tierra entre vacilaciones iba mostrando los espesos pinares,—cortejo espléndido y generoso de amor al bonito pueblo ribereño—y entraba el tren en la estación, sentía renacer su descontento y rencor: no quería veranear en él; venía obligada, como siempre; le molestaba tener que encargarse de llamar al mozo para entregarle el equipaje; todo eran molestias, hasta las preguntas oficiosas de las dos mujeres que las esperaban en el andén: «¿Y el viaje...?» «Sí, mucho calor...» «¿Cómo está la señorita..?» A su madre, en cambio, todo aquello le encantaba y les preguntaba por los niños y por detalles insignificantes de sus vidas: privadas.

«Que Rosario, ¿le subieron el sueldo a tu marido...?» «¿Y el reuma, te molestó mucho este invierno?» Se enfrascaban en una conversación interminable, hasta que por fín ponía término diciendo:

—¡Ea, vamos a casa!...Supongo Rosario que todo lo tendrás arreglado

—¡Claro, señora! ¡Y hasta unas mojarritas para freirlas que hace media hora estaban coleando...

Caminaba entonces doña Pilar—así se llamaba la madre de la joven—con más ligereza que era de suponer al verla gruesa y con un gesto habitual de dulce parsimonia. Tenia prisa por llegar. No era agradable la temperatura—en esto tuvo que darle la razón a su hija—la ausencia del viento, dejaba libre al rigor de los rayos solares que se introducian insidiosos entre la arboleda de los jardines próximos a la Estación. Iba la señora acompañada de Rosario, la mujer que cuidaba de la casa en sus ausencias y que les servía de mandadera; en silencio la primera, mirándolo todo con ojos cariciosos y sonrisa de placer; parlachina la segunda, incansable en adelantar noticias.

Carmen habia quedado rezagada con el mozo y la otra mujer; malhumorada; disgustada; molesta. Al salir de la Estación, miró tras sus gafas oscuras al Sol y sus labios se plegaron en mudo reproche a la insolencia del astro que se atrevía a acercarse tanto a la tierra y no para acariciarla, si no para atormentarla con su abrazo asfixiante, caliente y angustioso. También tuvo prisas por llegar a su casa. Era un alivio entrar en ella: el patio amable y acogedor; un alago. la luz que filtraba el toldo, un placer, el fresco henchido de aromas que llegaban del jardín; pero la joven no había terminado sus obligaciones y no podía disfrutar de la casa. Lo revisó todo y anduvo un rato por los cuartos colocando el equipaje y preparando el baño para su madre.

Doña Pilar entretanto charlaba y reía; era feliz; tremendamente feliz, como una niña a la que dieran su juguete favorito; Carmen sabía cuánto mimo encerraba la casa y el pueblo para su madre y pensaba que luego, después del baño, durante el almuerzo, le oiría lo que tantísimas veces le escuchó:

—Aquí vine de pequeña con la tia Ana... En un baile que dimos en esta casa. conocí yo a tu padre, que por casualidad veraneaba en el pueblo; yo estrenaba aquel día un traje de tul blanco que era un encanto... Me gusta venir aquí y el año que no vengo sufro muchísimo .. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que he faltado: cuando nació tu hermana Pilar y el año pasado que estuvimos con ella en Málaga... ¡Que pena de mi veraneo! Solo estoy a gusto en Puerto Real.

Era un monólogo:

—¡Qué bien lo paso aquí!... La casa tan bonita, tan cómoda, sin tener que subir escaleras!... No pongas ese gesto, hija mia—añadía viéndola ajena y distante—que parece que te traigo a un suplicio... Sí sí, sí te comprendo: tú

aquí te aburres, no estás en tu ambiente... Cuando venga la prima Mercedes, te vas con tu hermana Pilar o con tío Ramón a Santander...

Y seguía incansable con sus alabanzas al pueblo. ¿Alabanzas? ¿Las merecía el pueblo, acaso?

—Ya puedes venir mamá...—le dijo saliendo del cuarto de baño; y añadió: —Me iré al Balneario antes de comer ¿eh, mamá? Vuelvo en seguida... ¿Cómo están las mareas, Rosario?

—Por la tarde, señorita; ahora no hay agua.

—¿Ves, mamá? No puede una bañarse a la hora que se le apetezca; esto de las mareas en Puerto Real es insoportable.

—Llevas razón, Carmen...

Siempre llevaba ella razón. Y tuvo que quedarse esperando en el patio hasta la hora del almuerzo, cansada, sudorosa y aburrida, sin apenas escuchar a la muchacha que le estaba contando trozos de su vida: «Me casé a la entrada del invierno... El está trabajando en el Dique... Vivimos ahí detrás..., las azoteas se juntan...» Le llegó la visión de la azotea llena de sol; subiría a la tarde; desde ella vería una vez más el paisaje: Medina, en lo alto como oración en la llanura, Las Cante.as, La Carraca, y Cádiz con su eterna angustia de no querer desprenderse de la tierra y su eterno anhelo de ser solo del mar... A ella le gustaba la azotea y percibir desde allí el olor penetrante del jardín recién regado, y mirar a los patios vecinos donde los chiquillos medio desnudos se confundían con los macizos de geráneos; y escuchar las conversaciones llenas del gracejo indiscutible de la tierra; o sorprender amores, delatados por murmullos suaves y risas cantarinas. El mundo estaba lleno de seres felices. Solo ella no lo era. Ella era descontentadiza y exigente.

Más tarde, en el comedor, su madre le dijo alarmada:

—¿Qué te ocurre, Carmen? ¿Estás cansada?

—¡Estoy aburrida!

—Te vas a Málaga con Pilar...

—¡Me aburriré en Málaga, me aburría en Madrid!... ¡Todos los dias iguales! Uno igual a otro... ¡aburridísimos! ¡Nunca pasa nada!

—Me asustas, hija, ¿qué quieres que pase? Es mejor así...

—Es mejor, es mejor...—la voz de Carmen se hacía más irritada—.

Pues a mí esta tranquilidad me rompe los nervios; yo no podré vivir como tú, como mi hermana...

—Pero hija, ¿cómo vivimos?

—Pues así... sin que os ocurra nada extraordinario...

—Y gracias a Dios, hija mía!

—Pues yo, mamá, no quisiera pasar por la vida como una mujer gris.

—¿Mujer gris?... No te entiendo...

—Desapercibida, ignorada...

—No sigas, hija mía; no me gusta oirte disparates... Tú siempre has sido discreta y juiciosa...; me parece que lees demasiadas novelas.

—Hace más de un mes que no leo ni el periódico.

—Peor entonces... es que sueñas demasiado.

—No te preocupes, mamá—la voz de Carmen tornóse dulce al ver la tristeza reflejada en el rostro maternal—. Todo lo que he dicho son tonterías... Yo quiero parecerme en todo a ti y pasar por la vida como tú estás pasando: con pasos silenciosos, con andar suave; y vivir como tú: sin trabajos, sin problemas; sin grandes alegrías y sin grandes penas, pero feliz, con esa felicidad ingenua e infantil que tú posees... ¡ay mamá, quién pudiera ser como tú!...

Los ojos de doña Pilar se llenaron de tristeza. No continuaron hablando.

.....

El coche fué detenido frente a una hermosa casa, y de él bajó un hombre joven, que miraba atentamente a su alrededor. La calle descendía suavemente; al fondo, las aguas del mar, de tan quietas, eran un enorme espejo que reflejase el cielo; en el horizonte, una sarta de arbolitos verdes y diminutos hacían patente y real la divisoria. No veía tejados; las casas, de una sola planta en su mayoría, tenían grandes rejas y estaban coronadas airosamente por pretiles y remates semejando piñas, cestillos, etc.; sobre el azul, estas coronas se multiplicaban blancas y precisas como extraña floración.

El joven, titubeó un momento; parecía reflexionar; luego se acercó a la casa, entró en el portal y tiró de una anilla que colgaba junto a la cancela: en el patio repiqueteó una campanilla. A la llamada acudió

una pizpireta muchacha, que, abriendo de par en par la puerta, preguntó:

—Buenas tardes, ¿qué desea?

—¿Es aquí donde se hospeda don Juan María Lagao? Deseo verlo...

—Salió esta tarde a pasear y todavía no ha vuelto... Si quiere usted esperarlo...

La muchacha miraba al joven cautivada por su apostura. Vió cómo salía para hablar con el chófer, y se alegró cuando después dijo:

—Lo esperaré.

Lo invitó a pasar al patio, diciéndole que iba a llamar a la señora. En seguida acudió ésta, y tras un breve diálogo, convinieron el hospedaje; la casa era lo suficientemente amplia para disponer en cualquier momento de una o dos habitaciones. La señora le había dicho:

—Ya sabrá usted que esto no es una fonda, ni casa de huéspedes siquiera. Vivimos solas mi hermana y yo; en verano alquilamos... ¡Es tan grande la casa! Bienvenido, señor...

—Me llamo Carlos Acosta.

—Yo Cristina Páez; mi hermana, Antonia; ya la conocerá usted; ahora estamos las dos en la cocina preparando la cena; si necesita algo, llame y acudirá Lola, la muchacha...

Carlos quedó sólo en la habitación y dejóse caer sobre una butaca pensativo y preocupado.

Verdaderamente no comprendía lo que pasaba. Ni sabía si había hecho bien al venir tan precipitadamente a Puerto Real. Por lo pronto, aquellos kilómetros recorridos, parecían haberse convertido en ligaduras que torturaban su cuerpo. El día anterior todo fué bien diferente: tranquilo en su casa de campo, junto a su madre, disfrutando unas ganadas vacaciones. Allí, la paz y la tranquilidad, y la ansiada espera del amigo que en diferentes cartas anunciaba su visita. Juan María había escrito tres cartas distintas y desconcertantes; la primera fué corta pero expresiva; las conservaba en la cartera; "...el lunes llegué a Cádiz; pensaba ir hasta Sevilla para desde allí ir a Madrid a reunirme con vosotros. Sin saber por qué, desembarqué en Cádiz y me vine a Puerto Real. La tranquilidad de este pueblo me ha cautivado; dentro de una semana saldré de aquí. A tu madre un abrazo muy fuerte; le traigo un recuerdo de Roma y además en este verano le haré el retrato que le

tengo prometido hace tantísimo tiempo...". En la otra carta hablaba de nervios destrozados, de intranquilidades, de torturas del cerebro: "...no salgo a la calle, no he visto el pueblo; me paso los días leyendo en el jardín; ni de pintar tengo ganas...". Recordaba cómo se alegró su madre; Juan María era hijo de su mejor amiga; él recordaba su niñez emparejada con la del otro; los dos pasaban juntos las vacaciones, iban al mismo colegio y más de una vez los tomaron por hermanos; Juan María era más joven y poseía otro temperamento; se pasaba las clases dibujando papeles; era simpático y revoltoso; dominaba a los compañeros; Juan María fué siempre un buen muchacho. Quedó huérfano muy pronto y dueño de una gran fortuna que le administraba su tío; pero éste solo hacía eso: administrar. Juan María siguió el camino de sus propios deseos; en el fondo era una buena persona y un buen amigo.

Dos años que no se veían: desde que emprendió el viaje al extranjero. Y al volver, aquellas cartas desde un pueblecito gaditano.

Esperaron en Madrid que Juan María llegara. El tio Juan se llenó de inquietud; él también. Aquello fué inexplicable. ¿qué le ocurría? ¿estaba malo?... El tío Juan sufría intensamente haciendo cábalas y suposiciones; y Petra, la anciana sirvienta exclamaba llena de angustía: "¿Qué le pasará a mi niño, Virgen santa...?" En vano que el joven intentara calmarlos: "No le pasa nada ¿qué le va a pasar? Se habrá quedado en el pueblo pintando...; lo habrá decidido a última hora; genialidades de artista..." Los ánimos no se aplacaban; imaginaban miles desgracias para el joven ausente. "Si yo tuviera menos años...", había suspirado la vieja. El tío Juan no habló, pero en sus ojos leyó Carlos el mismo deseo.

Y ahora piensa, si no obró con excesiva precipitación al venirse en el coche desde Madrid. Está cansado; terriblemente cansado.

Y Juan María, inconsciente y caprichoso, pasea por el pueblo, ajeno a los sobresaltos que su conducta ha motivado; sin darse cuenta con qué amorosa impaciencia lo esperan en su casa.

También él desea verlo entrar; piensa que en dos años habrá cambiado mucho; que será verdad aquello de los "nervios rotos y destrozados", repasa mentalmente las cartas: pensaba quedarse en el pueblo

unos días seducido por su tranquilidad: es decir, necesita reposo: ¿para su espíritu, para su cuerpo? Luego, bruscamente anunció su llegada a Madrid, y sin embargo, no salió de Puerto Real...

Ahora tiene la evidencia: Juan María goza de una perfecta salud; Juan María es prisionero de la paz de éste pueblo. Es una delicia: él lo comprueba; mira a su alrededor: el lujo de la pieza prende su atención; la ventana abierta al jardín deja pasar un airecillo perfumado y fresco; el cielo, dividido por los rectángulos de hierro, es de un color desvaído y soñador; puntean algunas estrellas. Carlos se levanta y se asoma a la ventana: cielo y flores. Respira con deleite; luego sonríe, como si súbitamente su cansacio hubiese desaparecido. Carlos ama la tranquilidad y el sosiego. Su profesión no le deja gozar de sus preferencias: ha de cuidar de la salud de sus pequeños enfermos.

Suena la campanilla de la cancela. Alguien la ha hecho vibrar fuertemente. ¿Juan María? Tal vez. Un deseo vehemente le impulsa hacia la puerta. Allí está su amigo con los brazos abiertos:

—¡Carlos!... ¡Qué sorpresa!..

La alegría era verdadera. Juan María rebosaba salud y se mostraba satisfecho:

—No puedes imaginarte qué bien lo paso en Puerto Real. Como médico puedes comprobarlo: nunca he estado más sano.

—¿Pero cómo no fuiste a Madrid cuándo lo anunciaste? ¿Y cómo no se te ocurrió tranquilizarme por algún medio?

—Ya, ya te contaré...Por lo pronto telefonearemos a tu madre y a tío Juan y comeremos....

Carlos seguía preguntando:

—¿Porqué viniste a este pueblo?...¿A quien conoces aquí?

—No sé, no sé....Pero la cosa fué muy sencilla: providencial dice doña Cristina, mi patrona. Yo estaba sentado tomando café en la acera de una calle de Cádiz. Cerca pasaba un viejo vendiendo lotería; lo observé detenidamente: tenía el aire marcial e inconfundible de un torero; se sentó cerca de mí; esperaba a un señor que vino más tarde a tomar café juntos; hablaban alto, porque los dos, o uno, era sordo. Recuerdo el nombre del vendedor: Espeleta; es un homdre conocidísimo. Yo escuchaba la conversación... «Ayer estuve con los nietos en Puerto Real...», empezó el señor; el otro suspiró: «¡Quién estuviera allí!...» Y comenzaron a recordar. «Yo veraneaba en un Chalet de las Canteras». — «Yo en unas habitaciones en la calle Tal. Me escapaba a torear; la Plaza estaba en el Matadero...» Elogiaban tan apasionadamente al pueblo, que sentí curiosidad y me vine aquí. No me he arrepentido; puedes comprobar lo bien que estoy porque se me pasan los días sin darme cuenta.

Prosiguió José María hablando durante mucho rato y continuó luego en el comedor, durante la cena:

—Te aseguro que te han de gustar Las Canteras. Yo salí una tarde a pasear y después sentí deseos de visitar el pueblo; Puerto Real es como una bella mujer que a todos gustase; dicen que es aburrido, y sin embargo, siguen viniendo año tras año las mismas personas; algunas familias poseen casas aquí y vienen a pasar temporadas aunque no sea verano; hay en este pueblo un encanto especial que no sé comprender todavía. Desde luego, los naturales de aquí aseguran que Puerto Real es el mejor pueblo del mundo, ¿verdad, Lola?...

La muchacha sonrió complacida y no habló.

—¿No quiere usted decir—continuó Juan María—que Puerto Real es el mejor pueblo del mundo, para que no la llamen andaluza exagerada?...¡Ría, mujer, es la mejor respuesta que puede dar!... Hay que devolverle al pueblo sus sonrisas.. —y volviendo a Carlos, continuó:—Te lo aseguro, tiene Puerto Real un embrujo que te retiene, tu verás ..Y luego, esa fisonomía suya, ese trazado de sus calles, anchas, largas y paralelas; sus casas, bajitas, generalmente de una sola planta, y hermosísimas, con los pavimentos de mármol y con grandes rejas de gruesos barrotes de hierro; casi todas con un espléndido jardín además del patio central. Parece un pueblo hecho para el placer, la molicie, el regalo; algo así como una agrupación de casas para el reposo y el descanso. Pero todo bello, todo artístico. Antes, cuando el pueblo estaba floreciente, le llamaban el pequeño Versalles de Cádiz.

—Naturalmente, que a tí, cansado de tantos viajes, esto te parece un paraiso...

—Lo es, Carlos, ya te convencerás...

—Oye, nunca he comido un pescado de esta clase, tan exquisito.

—Es una de las mil cosas agradables que tiene el pueblo; me han asegurado, que como este pescado no lo hay en parte alguna.

—¡Claro que nó!—Terció la criada con orgullo incontenible—¡Si lo han traido a la casa vivito y coleandol ¡Si es pescado de «estero», del que se cría en las salinas de Puerto Real!

—¿Ves, Carlos?..Y ya comerás otros pescados tan ricos o más que este, y probarás los buenos camarones, los cangrejos, las «cañaíllas», las bocas.. Todo exquisito de verdad. Y es que aquí, todo es bueno y amable; hasta el Atlántico aquí, ni es fiero, ni bravo, sinó suave y lánguido para que jueguen en él los niños. Y juega además con nosotros: se va y nos deja sin gota de agua y luego viene para contentarnos y para que no nos vayamos a las Canteras, que es su rival... Mañana te llevaré al Balneario y sabrás qué es lo que me ha retenido aquí...

—Ya me lo figuro: una bella bañista.

—No y sí...Ya te explicaré....

Sonó el timbre del teléfono y Juan María se levantó, pues, como se había figurado, era su tío quien le hablaba desde Madrid.

Y cuando continuó la interrumpida comida dijo:

—¡Qué buenazo es el tío Juan! ¡Y qué bien lo iba a pasar aquí, con lo que a él le gustan las caras bonitas! ¡Y que las hay en cantidad! Mira, Carlos, que muestra: fíjate en Lola, y dime si tú has visto cara más perfecta que la suya...

Rióse la muchacha, que ya estaba esperando el piropo, y miró a Carlos con picardía, mientras decía con natural gracejo:

—¡No tiene guasa, el señorito Juan María!...

—¡Guasa! - exclamó éste con entusiasmo!-Guasa!..¿Has oido, Carlos? ¿Tú sabes lo que quiere decir guasa?: broma, burla, chunga, eso es lo que nos dice cualquier diccionario. Pero aquí, en este simpatico pueblo, guasa quiere decir infinidad de cosas dispares y distintas; y varía la intención, el sentido de la palabra, según quien la pronuncie, la ocasión, el tono, el gesto... Unas veces, como ahora, el «guasa» que has oido a esa boca primorosa de Lola, y dicho en ese tono inimitable, que sólo en este rincón puede oirse, quiere decir: «¡Gracias!»

—¡Já, Já!—rió la muchacha—¡Qué guasa!...

—¿Lo oyes, Carlos?...Pues si en vez de agradecerlo, se hubiera enfadado, habría contestado con la misma palabra, pero frunciendo el ceño y muy seria, así:—«¡Qué guasa!..» Y si oyes comentar cualquier cosa desagradable, una riña por ejemplo, dicen:—«¡Y empezó la guasa!» Y para callar a cualquier descontento ;—«¡No empieces con guasa!». Y para decir que algo es trabajoso o difícil: «¡Tiene guasita!..»Y no te extrañe oir a algún niño que no puede superar un trabajo escolar: «¡No tiene guasa el problemita éste!..»

—¿Cómo has observado esas cosas?

—De oirlo continuamente; esa palabreja se oye pronunciar a cada momento Tú la dirás también muy pronto: el primer día que sople ese viento indócil y turbulento que no tardará en visitarnos, dirás en el mismo tono que los naturales de aquí, pero sin la gracia de ellos: «No *tié* guasa el levantitol...»

Rió Carlos de buena gana, y luego dijo:

—Bueno, te has pasado el rato hablándome de Puerto Real, pero de tu largo viaje. de tus cuadros, de tus triunfos, de tus aventuras....

—¡Oh, todo eso es muy largo de contar y además no tiene importancia alguna. Ya te contaré más despacio. Ahora vamos a salir a tomar café y después a descansar Tengo que salir...No sé si te darás cuenta...La he visto una sola vez...

—A ella?...

—A ella. Salgo con la esperanza de volverla a ver.... —y añadió bajando la voz y sonriendo:—Tengo una cita con el Arte...

Y ante el gesto extrañado de Carlos, prosiguió:

—...pero no sé si acudirá.

* * *

El día amaneció espléndido: fuego y azul.

Caminaban los dos amigos por las calles, conversando animadamente

—¿A donde iremos primero? ¿Al pinar?.

—No. A la playa. .Bueno, no es una playa propiamente tal, pero así la llaman. Hoy no estará muy concurrida, porque la marea nos deja sin agua esta mañana. Pero allí la conocí...

—¡Ya salió! La bella bañista que te ha encariñado con el pueblo...

—¡Justamente! Por ella me quedé.

—Y ella era anoche tu cita con el Arte...

—También es verdad. Pero no acudió; no la ha he vuelto a ver desde aquel día; parece que la señorita Fantasma ha desaparecido. Voy todas las mañanas al mar, porque allí la conocí. Me extrañó ver una bañista a unas horas tan tempranas, estando el agua tan lejos; se había bañado ya y estaba secándose; miraba al sol, poniendo una mano de pantalla a sus ojos; la silueta era perfecta: tiene el cuerpo más bonito que he visto...he pensado que si pudiera pintar aquel cuadro.....

El Balneario estaba a un extremo de la calle. Como anunció Juan María, a aquella hora no había bañistas, más por la ausencia del agua, que por la hora. La marea, en su reflujo, se la llevó muy lejos, y sólo quedaba una superficie cenagosa surcada de riachuelos.

—No te gusta esto, ¿Verdad?

—No.

—A mi tampoco. Prefiero un lecho de arena, no este fango

—¿Y esos riachuelos?...

—Le llaman los caños...Mira a aquel hombre allí agachado con un canasto hurgando en el cieno....

—Hay más de uno.

—Son mariscadores; estarán cogiendo almejas; luego, sus mujeres o sus hijos irán a vender por las casas...Esta tarde te enseñaré un tipo curioso que deseo pintar; es un mariscador que vende por la calle gambas y camarones, con un pregón potente incofundible; es fuerte, ancho, grueso, colorado, siempre va descalzo; unos pies abiertos, gordos y duros; picado de viruelas y una sonrisa amigable, uno ojillos pequeños y brillantes..; quiero pintarlo

junto al Bar que hay en las Canteras...

Carlos que seguía mirando curiosamente sin, al parecer, atender a su amigo, dijo interrumpiéndole:

¿Cuándo viene la señorita Fantasma?

—No sé, chico. . Solo la he visto una vez, y fué allí, en la punta de ese malecón derrumbado, subida sobre las piedras, mirando hacia allá... Y así la quiero pintar; al fondo, ese frente de casas blancas que ves allí, a la otra orilla... El mar aquí parece un lago ¿verdad?... Me he pasado grandes horas una noche contemplándolo en el muelle; estaba la luna llena; me ocurrió en esa ocasión una cosa muy interesante; te contaré: llevaba ya un rato sentado en una escalinata escuchando la voz del mar... ¡No, Carlos, no te rías! De poetas ni hablar..; pero es cierto que el mar habla... ¡Sí, hombre, pero no insistiré en detalles que te hagan reir, aunque en realidad tú sí que eres lírico!... Cuando pasó cierto tiempo, ví a otro hombre que paseaba sobre el muelle; daba unos pasos a un lado, otros para atrás, como si espiase, como si estuviera esperando algo...; lo observé ..; me pareció un hombre raro. «Buenas noches» dijo al verme, y prosiguió su extraño paseo. ¿Sabes a lo que iba allí? Quería hacer una fotografía; aprisionar el chorro de plata en una cartulina, según me dijo... He vuelto otras veces por aquel sitio, pero el desconocido no ha ido más.

—¿Aquellas casas, son otro pueblo?...

—Es el Arsenal de La Carraca... Tengo que hacer el cuadro con esa mujer guapa que ví aquí; por conseguirlo, estoy dispuesto a pasar el tiempo que sea necesario en este pueblo; es por ahora mi único afán; tengo que buscarla...

De pronto calló. Carlos vió, un tanto asombrado, cómo marchaba precipitadamente hacia la punta del malecón. ¿Por dónde había entrado aquella mujer? Era la señorita Fantasma; no había duda.

Sentada sobre unas piedras, miraba la joven las aguas lejanas, y vióse sorprendida con la presencia del pintor que comenzó a decirle:

—Buenos días, señorita, ¿dónde ha estado estos días que no la he visto por el Balneario? ¿Y cómo no ha ido por Las Canteras?

—Me ha confundido usted con otra seguramente... No nos conocemos.

—Pero no la he confundido con otra; usted es la misma que hace muy pocos días estuvo ahí subida secándose despues del baño...

Carmen estaba muy seria y sentía un íntimo desasosiego. Aquél hombre dominador y audaz, poseía unos ojos terriblemente brillantes; hablaba confiado y decidido, con un acento extrañamente seductor; sentíase mareada y aturdida cuando él le dijo:

—...me presentaré solo: Juan María Lagoa.

—¿Es usted pariente del pintor?—preguntó interesada.

—Soy el pintor.

Ella no supo disimular su admiración, ni el halago que le producían sus palabras; era un diálogo hábil y simpático y al final los tres jóvenes parecían conocerse de toda la vida.

Fué luego cuando ella reaccionó violenta y descontentadiza al llegar a su casa.

—¿Te ocurre algo, Carmen? ¿Te sientes mal?

—Estoy perfectamente, mamá....

Sin embargo, apenas comió, y pronunció escasas palabras durante el almuerzo. Pensaba en la insoportable monotonía de su vida sencilla, sin complicaciones, vulgar, como la de su madre, la de su hermana, la de sus amigas; las emociones y aventuras que ella deseaba, se hubieran realizado de haber nacido varón o en otros ambientes sociales. Un deseo de hacer grandes viajes le acompañó siempre: viajar sin saber por qué ni para qué; conocer todos los mares; pasear por las playas ignoradas y remotas; enamorarse de distintos paisajes; vivir aventuras, devorar emociones; ¡una vida intensa! Y en cada sitio palpitaría su corazón buscando al compañero....

¡El pintor sí que era feliz!

«Te esperaré en Las Canteras»...—le dijo al despedirse. Ella prometió que asistiría, dominada por el fulgor de sus ojos, seducida por sus palabras, cautivada por su acento.

«Bién, ¿y qué? —habíase preguntado a sí misma, desconcertada en sus nuevos pensamientos —¿y qué?... Distraerlo.., sólo eso... No iré, no iré...»

Pero al llegar la tarde no fué capaz de dominar su deseo, y de nuevo la voz del pintor llegaba a sus oidos como una música mareante:

—...sí, he viajado mucho y he vivido en París algunos meses.

—¿Pintaste mucho?

—Un cuadro; el mejor que he hecho..; me hubiera gustado conservarlo.

—¿Lo vendiste?

—Lo regalé...

A ella le acuciaba un afán de conocer la intimidad del artista y comenzó unas preguntas difíciles e indiscretas. Él hablaba confidencialmente; le contó muchas cosas y le habló de aquella mujer que conociera una noche nostálgica en París; se llamaba Isabel y era española; arrastraba una vida cruel y triste; él, la había pintado lleno de ilusión y entusiasmo; cuando salió de París, Isabel lloraba desconsolada y le pedía que la dejara acompañarle.

Juan María evocaba la figura de la mujer, con melancolía:

—Siempre que la recuerdo, es así, junto al dintel de la puerta, encorvada y con una mirada de tristeza infinita....

—¿Y después..?

—No he sabido de ella — Y de pronto, cambiando la entonación de su voz, se volvió para decirle:— ¡Yo quiero pintarte, Carmen!..¡Oh, sí! En el Balneario, como el día que te ví por primera vez; tú encima de aquellas piedras.. Te pintaré allí mismo, en tu casa, donde quieras... ¿Cuándo empezamos?

—¿Cuándo?... Pero es que no sé..., no sé...; tendré que pensarlo... —y añadió: —Tengo que pensarlo y que consultarlo a mamá....

Juan María no consiguió en toda la tarde una palabra de asentimiento.

* * *

—¡Qué buena ha estado la tarde! ¿verdad, señor Lagoa?

—¡Espléndida!—dijo tomando asiento frente a doña Cristina; y continuó —Hoy he paseado con una señorita que dice que es amiga de usted.., con Carmen Salmerón.

—¡Carmen Salmerón! ¡Muy guapa! Siempre viene aquí a veranear; su madre venía de soltera; aquí conoció al marido, al padre de Carmen... ¡Qué tiempos aquellos!... ¡Entonces Puerto Real era Puerto Real...!

Sonrió Juan María, y la señora quiso explicar:

—Sí; ahora no parece el mismo pueblo; todo ha cambiado; y después, la guerra...; se han sufrido muchos reveses.

—Naturalmente...— asintió él, comprensivo.

Luego se hizo el silencio; el pensamiento de ella aleteó inquieto, y en sus ojos pardos se reflejó una tierna añoranza.

—Eran otros tiempos— continuó, para añadir repentinamente animada: —¡Cuánta riqueza entonces! ¡Qué fiestas había! ¡Cuántos bailes y reuniones!... ¡Eran famosas las fiestas de Puerto Real!... ¿Usted se ha dado cuenta de nuestras casas? ¿No vé los restos de aquel esplendor? Había gusto para todo. Es un pueblo de artistas. Un pueblo enamorado del buen decir, de la elegancia en el obrar... ¡Si me oyera mi hermana, diría que ya tengo puesto el disco!... Es que ella, mucho más joven que yo, no alcanzó aquella época.. Dice que fué mejor porque era el tiempo de mi juventud, de mis amores, de mis ilusiones... ¿lleva razón?...

—Tal vez...

—Nó, nó, creo que nó, señor Lagoa... Entonces no había casas abandonadas, como ahora, derrumbándose que dá pena verlas, con los jardines hechos eriales o convertidos en huertos...Todo es distinto; la vida lleva otro ritmo..; todo pasa.., pasó el comercio con América...; ¿Y las casas de la ribera, se ha fijado usted en ellas?... ¡Ah, perdone, señor, le estoy cansando!...

—Continúe, continúe...

—Las casas de la ribera son altas como atalayas, y de piedra como fortalezas; fueron las primeras edificaciones... Todas abandonadas desde que

el pueblo tuvo que dejar de ser puerto por falta de condiciones... ¿No es como un sueño, pensar que la calle de la Jarcia, fué la mejor? ¿que doña Isabel y don Fernando estuvieran en la plaza de San Telmo esperando a aquellos barcos que les traían nuevas de un mundo desconocido?... ¿Que Colón pasó más de una noche en un convento que hubo en la plaza de los Descalzos?...

—¿Estuvo aquí Colón?

—Historia o leyenda, no sé, pero lo he oido decir síempre... Me gustaría que alguien se interesara por esto y fuera averiguando la verdad... Si en mí estuviera, pondría lápidas en todos esos sitios históricos y haría una historia del pueblo que sería texto obligado en las escuelas de Puerto Real para que desde niños se sintieran orgullosos de él...

Y tras una pausa agregó:

—Habrá usted notado la diferencia entre las casas de la ribera y las del centro; éstas son de una sola planta, llenas de coquetería..; se hicieron para descanso, para recreo..; quisieron hacer del pueblo una ciudad de placer; por eso las casas tienen más ventanales que trozos de pared, y los patios y los jardines ocupan más extensión que las habitaciones... ¿Qué bonitas son, verdad señor Lagoa? ..

—Esta de usted es preciosa....

—Pero si son todas iguales de bonitas..; hay una... ¡qué tiempos aquellos!— y nuevamente se oscurecieron los ojos de doña Cristina al recuerdo lleno de emociones para ella.

—¡Es una casa con el patio central tan hermoso!...Todavian viven los que fueron sus dueños.. ¡aquellos bailes famosos!... Parece que la hicieron exprofeso para fiestas .. Me veo dando vueltas por allí al compás de la música.. ¡una delicia! ¡un sueño! ...¿Y el Teatro de Puerto Real? Por él han desfilado las mejores compañias de artistas, que venian directamente de Madrid ...Y mire, señor Lagoa, el colmo del refinamiento: aquellos señores entonces, se quedaban con todas las localidades para tener la seguridad de poder escuchar en el mayor silencio. Un pueblo enamorado del Arte ¿verdad?

—Pero ahora....

—Ahora todo es distinto, señor. Son otros tiempos. Mi Puerto Real está pasando como si dijéramos una enfermedad..., y habría que salvarlo entre todos ¿no le parece? el cariño y el cuido de todos: de los visitantes y de los del pueblo, de los mayores y de los pequeños ...¡Ay, perdóneme usted, pero cuando hablo de mi pueblo, siento una emoción! ¡Quizá sean los años!

Escuchaba Juan María, deseando que doña Cristina le hablase de su amiga; al parecer, no llevaba camino de hacerlo. Nuevamente, tras una pequeña pausa, continuaba:

—Es natural ¿verdad?— y añadió variando la entonación, por lo que el

joven se alegró, presintiendo que ya le hablaría de ella—Pues sí, a Carmencita la quiero yo mucho. Algunas veces viene aquí y pasa muchos ratos con nosotras. A mí me gusta mucho más que su hermana, a pesar de que Pilar es más comunicativa y muy graciosa..; y guapa también; está casada y vive en Málaga; tiene unos niños monísimos....

—Carmen es preciosa...

—Si señor, guapísima: se parece a su madre; su madre fué la muchacha más guapa de su tiempo... Ah, ahí llega su amigo de vuelta del paseo... Voy para la cocina.

En efecto, Carlos entraba en aquel momento en el jardín. Venía entusiasmadísimo de su paseo por las Canteras pero no dejó de observar que Juan María parecía preocupado.

—Te ha retenido el pinar, ahora lo comprendo... —le había dicho.

Y el pintor contestó rápidamente:

—Demasiado sabes que no ha sido el pinar; la culpa, como siempre, es de una mujer...

—¿Has estado con ella ésta tarde?

—Mejor todavía: hemos paseado por las Canteras.

—¡Magníficol..

—No tan magnífico... Eva no se deja impresionar por la poesía del Paraiso; siempre el tonto es Adán...

—¡Te declaraste!...

—¡Qué disparate, Carlos!.. Yo voy trás la modelo; mi cuadro es aquí lo importante,.... Es que he sido tan idiota, que porque ella lo ha querido, le he hablado de otra mujer....

* * *

—¿Duermes, Carmen?

—No, mamá...Cierro los ojos, porque me molesta la luz... ¿Por qué no se apaga? La luna está dando de lleno en el jardín... Voy a apagar.

Se levantó diligente y pronto estuvo sentada nuevamente en el mismo sitio. La luna aclaraba el jardín de tal forma, que podian verse las flores y hasta adivinar el color de ellas; los senderitos enarenados, los arriates, las enredaderas y el jazminero destacando con fuerza sobre la pared, su plata y sombra; en un ángulo, la corpulencia de un árbol, oscurecía la alberca, y sólo se escuchaba el chorrito que golpeaba su agua.

Carmen meditaba. La conversación sostenida aquella tarde con el pintor le había impresionado grandemente; veía a la mujer que se enamoró de Juan María tal como él se la describió: el traje de lunares y volantes ajustando su cuerpo y los claveles adornando su cabeza, bailando en una pista, ante las miradas llenas de codicias inconfesables; noches de triunfos y aplausos que

halagarian su vanidad y la harian olvidar su vida tan llena de horrores; se enamoró del pintor para su mayor tormento; se la figuraba fracasada, encorvada, como un guiñapo, bajo el dintel de la puerta, despidiéndose del Amor. Y él la dejó ir indiferente al dolor que causaba. Y así cada mujer que le sirvio de modelo, tendría su historia...

Ella no. Ella no tenía historia. Y no sería su modelo. Que buscara a otra.....

—¿Duermes, Carmen?. ....

—No, mamá.

—Nos podíamos acostar, ya es muy tarde.

—¡Oh, se está aquí tan bién...!

—Yo me duermo...

—Oye, mamá..,

—¿Qué, hija mia?

—A tí te pintaron una vez...

—Sí, el retrato grande que tenemos en el salón.

—¿Te pintaron allí en Madrid, en casa?

—¡Ay, no!—suspiró, al recordar, la señora —; fué aquí en Puerto Real...

—¿Aquí fué? No lo sabía...

—Fué aquí... Un capricho de tu padre...; ya estábamos casados y había nacido tu hermana..,

—¿Y el pintor..?

—¿El pintor?... ¡Oh, las casualidades del mundo! Estaba aquí pasando una temporada en un chalet de Las Canteras, con sus hijos; era muy amigo de tu abuelo y queria mucho a papá. Ya casi no pintaba, pero tu padre se lo pidió y venía a esta casa a diario a pintarme .. ¡Qué tiempos aquellos!... Se cansaba mucho..; merendábamos en el jardín luego íbamos acompañandolo en coche hasta su casa, ¡estaba tan viejo!...

—¿Y logró un buen retrato? ¿Eras tú así, como aparece en la tela?

—Sí; me hizo un buen retrato... ¡Era un gran artista!..

—Tendría una vida muy curiosa ¿verdad mamá? Una vida de aventuras, de amores...

—Antes de casarse sí... ¡Se contaba cada escándalo de él; yo no lo conocí hasta que me hizo el retrato...; generalmente, estos artistas viven ¿como te diré? muy intensamente.

—Mamá... —en la voz de Carmen temblaba la confidencia.

—Dime...

—Esta tarde he paseado con un artista de esos .. Quiere pintarme.

—¡Oh, me parece muy bien! Será una cosa magnífica.. Que te pinte como me pintaron a mí, en traje de fiesta..; tu edad tenia yo entonces; parecerá

la misma persona, con diferentes trajes y peinados... ¡Me parece muy bien!

—Temo que no podré darte gusto; el pintor quiere un paisaje y ha escogido el Balneario...

—¿El Balneario?...

—Bueno... el frente, con el Arsenal, el campo, algún barquito de vela el sol y yo .. subida en las piedras del malecón...

—¿En traje de baño? ¡Qué escándalo!

—¡No mamá! ¡De ninguna manera! En traje de playa...

—Casi igual... Y además no favorece nada ¡Como cambian los tiempos! Con lo bonito que sería el retrato estando bien vestida, con el traje verde que tan bien te vá.. Y te pondrías mis perlas...

—No podrá ser... Pero quería saber que te parece lo del retrato; yo no sé que hacer...; quiero saber tu opinión.

—Pues ya la tienes; no me gusta lo del vestido de playa, prefiero un traje de fiesta.

—Pero, mamá en la punta del malecón con un traje...

—No; si yo no digo que sea así; si no que me gustaría más de otro modo, como a mí me lo hicieron

—Bueno, pero tu opinión más concreta: ¿me dejo hacer el retrato, o no?

Esperó a que su madre contestará, pero ésta no se decidia a dar su opinión. Carmen se incorporó esperando anhelante su respuesta.

—Verás.., es que no sé que decirte; me gustaría tener luz para verte la cara...

—¡Mamá...!

—Y también quisiera conocer al pintor...

—¿Que piensas?...

—Pues no pienso nada; me faltan elementos para enjuiciar esto. Decide tú misma, hija mia: si ves el menor peligro para tu reputación o para tu paz, no te dejes pintar.

—Gracias, mamá.

—Y vámonos a dormir que ya vá haciendo humedad...

* * *

Cuando Carmen entró en las habitaciones de Juan María, síntió un vago temor. ¿Qué faceta de la vida del artista iba a conocer a través de sus cuadros? Y el recuerdo melancólico de la bailarina española, acudió a ella como invisible amenaza.

Nerviosamente aplastó el cigarrillo contra el cenicero, y quedó allí arrugado, como un extraño gusano de cabezota roja.

El pintor le iba enseñando sus cuadros.

—¿De veras te gustan Carmen?

Sintió ella un fuerte calor que le llegaba al rostro; sentíase incómoda ante las miradas de los dos hombres.

—Dí, ¿te gustan?

—Me gustan—pudo al fín hablar—y me gustan tanto, que, ya veis me he quedado sin voz.., ¡qué cosas más bonitas, Juan Marial.. Me gustaría ver tú estudio en Madrid...

—Queda aun otro lienzo grande -dijo Carlos -y a mi juicio, el mejor..,

—Quizá —contestó Juan Maria.

- ¿Vas a venderlo?

—No podría desprenderme de él.

—Algún recuerdo...

El no contestó. Y súbitamente dijo:

—Carmen lo interesante es esto; ¿cuando empezamos el cuadro?

—Pero... —y sonrió sin atreverse a seguir hablando.

—Es curiosa esta indecisión tuya, Carmen... —apremiaba él —¿Consultaste a tu madre?

—Sí.

—¿Y..,?

—Ya, ya te contaré...

—¡Carmen!...

Hubo un silencio que a ella le pareció inacabable; su nombre en labios de él aceleró el latir de sus pulsos; pensaba con angustia que no podría negarse a los ruegos de Juan María.

Carlos intervino:

—Debes dejarla que decida con tranquilidad.

—Es que siento una impaciencia...

—Bueno, chico, quizás me pintarás... Anda, enséñame ese cuadro que dijo Carlos, ese del que no te podrías desprender...

—Y que no enseño a nadie, —añadió el pintor— lo ha visto él, porque es mi mejor amigo, y lo vas a ver tú...

(Sintió ella una intensa alegria al notar los ojos de él fijos en los suyos, mientras decía:)

—...porque no puedo negarte nada.

—Gracias, Juan María.

Y ahora miraba con más asombro que admiración, mientras que lanzó una exclamación; el cuadro que el pintor le enseñaba representaba una mujer hermosísima y casí desnuda, sólo envuelta en unas ténues gasas que recogía con una mano sobre el pecho, y con la otra sostenía la cortina de una ventana por donde entraba la luz que iluminaba su rostro en una marcada expresión

No le pasó a Juan María desapercibido el gesto de rechazo de Carmen y se arrepintió de enseñarle el cuadro. Lo guardó enseguida sin esperar su comentario.

—La verdad —dijo Carlos— es que el cuadro es estupendo; claro, que si esa señora estuviese algo más tapada....

—Lo más desagradable es la expresión de su cara —observó Carmen— Yo no entiendo de estas cosas y mi opinión no sirve de nada, pero a mí no me gusta.

—Debí suponerlo...

Ella se había levantado:

—Me voy ya; mamá estará intranquila por mi retraso y además es una esclava de la puntualidad.—Y añadió, sonriendo:— Todos somos esclavos de algo, ¿verdad, Juan María?

—Verdad, Carmen.. ¿Tú...?

- ¡Oh, no me preguntes, ¿como voy a decir mis flaquezas?... Adiós Carlos. Juan María, me voy como escapada, huyendo de tus cuadros...

—Te acompañamos a tu casa.

—No;tardaría más en llegar y tengo prisa..Voy a saludar adoña Cristina.

Aquella tarde soplaba levante: era un viento furioso que maltrataba a los árboles arrancando sus hojas y tallos, ensuciaba las calles de arenas y papeluchos, y hacía cerrar puertas y ventanas.

El calor era sofocante. Sin embargo, Carmen había salido a pasear, sin hacer caso a su madre que le había dicho: «¿Pero vas a salir?». «En las Canteras no se nota el levante»—habíale contestado ella. Andaba de prisa pensando cuánta verdad encerraban sus palabras de despedida: «Hasta luego, mamá; voy a pelearme con el viento...» igual que hacía el vendedor de mariscos que iba por la otra acera, y que no pudiendo más, empujaba la puerta del bar mientras pregonaba:

«¡Camarones!»... ¡El cangrejo y la cangreja!... ¡Esto es jamón de la mar!

Ella se apresuraba cada vez más. En El Porvenir no había niños; en la Estación tampoco y la hermosa avenida que conducía al pinar, estaba casi desierta: sólo había un hombre; otro vendedor de mariscos, que llevaba también al brazo su gran cesto cubierto con un paño blanco, defendiendo sus ojos de la arena con las manos, a guisa de pantalla.

«¡Gambas! ¡Cangrejos! ¡El macho y la hembra!»

Al cruzarse, ambos se miraron. «¿Para quien pregonará?» — pensaba Carmen mirando la soledad del paseo. ¿A qué habrá salido ésta con la guasita que tiene la tarde?»—se decía el vendedor entrando en el ventorrillo.

Pero ella no sentía las molestias de la ventolera; ella disfrutó aquella tarde, como nunca soñó disfrutar; estuvo todo el tiempo sentada junto a él, bajo

el pino ancho y cobijador; escuchando sus palabras; oyéndole contar la sencillez de su vida...: «el tio Juan; ya lo conocerás cuando vayas a Madrid; es el viejo más presumido que conozco. Yo no seré como él; su vida es tranquila, sedentaria, sin emociones... Pasea todas las mañanas; por la tarde, invariablemente, llueve o ventee, va a visitar a unos amigos: los Ramírez. En las contadísimas veces que mi tio está malo y no puede salir, los Ramírez vienen a visitarlo a él.. Es muy simpático y muy enamoradizo... Todavía pierde la cabeza cuándo vé una cara bonita. Por eso no se casó: le gustaron tantas mujeres que no supo a cual elegir...»

Fué una tarde deliciosa llena de emociones y confidencias ingénuas.

Y luego, aquel deseo de continuar al otro día aquella amistad que se manifestaba potente, le hizo exclamar:

—¿Conoces el rio San Pedro?

—No.

—Es una playa estupenda...—y continuó, acobardada — Si te parece vamos mañana con Carlos...

—¿Y por qué llevar a Cárlos? ¿Necesitamos acaso a alguien para ir?

—Tu amigo debe acompañarnos —ella reía fuerte— porque hay que enseñarle las bellezas de aquí... El río San Pedro es una playa de salvajes ..

Al día siguiente pudieron comprobarlo. Fué un paseo delicioso. La playa, ancha y larga, estaba bordeada de un gran pinar que daba sombra y cobijo a falta de casetas y de otros adelantos y comodidades.

—¡Qué placer! —había dicho ella al estar lejos de las arenas, soltando los remos— Parece que estamos en una isla desierta.

—Sí

—¿No es ideal refugiarse dentro de estas maderas y sólo oir el ruido del agua y del viento?

El la miró burlonamente mientras le decía: —No me irás a decir que te gustaría vivir en una isla desierta...

Pareció no darse cuenta de la entonación que Juan María había dado a su voz, y prosiguió, como si hablase consigo misma:

—No; pero siempre que vengo aquí me asalta el mismo pensamiento: yo en la soledad de una isla. He venido muchas veces con el deseo de no encontrarme a nadie... Me molesta ver personas; rarezas mías; si mamá me oyera diría que callara... Para embelesarme y compenetrarme del paisaje, he venido, algunas veces de madrugada cuando empieza a clarear el día; al poco rato, han empezado a llegar los pescadores, que me han mirado de manera extraña sospechando, quien sabe qué vulgares citas... Por eso Juan María, estoy disfrutando tanto ahora dentro de esta barca: me parece que en el mundo sólo vivimos tú y yo.

—¡Carmen!...

—¡No me hables, por favor, Juan María! ¡Quiero sentir este momento!— Tuvo acentos de súplica y de ruego; sus ojos resplandecían ligeramente húmedos y su pecho se levantaba rítmicamente por un hondo respirar.

Se recostó sobre la barca. Su cuerpo bronceado se destacaba envuelto en el bañador blanco, sobre el fondo pardo de la barquichuela. Cerró los ojos. Juan María habia soltado los remos; la barca se balanceaba levemente.

—¡Carmen!...

—¡Oh, Juan María, te reirás de mí!.. ¡qué tonta soy! —y se cubrió el rostro con las manos.

Fué un momento difícil para ella, arrepentida de su confidencia; él, guardaba silencio pensativo hasta que le hizo una pregunta que la desconcertó:

—¿Has tenido novio, Carmen?

—¿Por qué lo preguntas?

—Me interesa todo lo tuyo...

—No tiene importancia... He tenido dos.

—¿Te has molestado?

—En absoluto. Y si quieres te cuento por qué terminé con ellos...

—Cuéntame, cuéntame...

—Pues allá va el rollo. —cambió de postura y mientras jugueteaba a coger el agua con una mano, empezó:—Mi primer novio era de Madrid; lo conocí en un viaje. Si te voy a ser sincera, me impresionó grandemente su facha, como ahora decimos; era un hombre guapo, arrogante, moreno y con una voz varonil muy agradable. Le gusté yo desde el primer momento y me hizo el amor rápidamente. Me dejé querer y... cuando se empezó a hablar de boda, terminé el noviazgo... Tengo el convencimiento de que no llegué a enamorarme de él...

Calló unos momentos. Recordaba sus amores primeros; Pepe, su novio le hablaba de su nuevo hogar; La Coruña, su carrera, sus ganancias..; sus despedidas de cada día: «Hasta mañana, Carmen...— le retenía una mano entre las suyas y ella la retiraba nerviosamente con gesto de mal disimulada repulsa; —«Siempre igual— decía triste —parece que no me quieres»...

Y ahora, mientras mira como caen de sus uñas los chorritos de agua, continuó:

—No, no estuve enamorada de él.

—¿Y del otro, Carmen...? —la voz de Juan María era bronca.

Ella lo miró mordiéndose los labios y negando con la cabeza.

—Tampoco... Y sin embargo...

—¿Qué? ..

—Creí durante mucho tiempo que lo quería... Nos conocimos en Cádiz

en una fiesta... Me gustó aquel hombre...

Titubeó unos momentos sin acertar a seguir; después, como si hubiese desechado un temor, dijo mirando de frente:

—Te confieso que me gustó. . Quizá no debiera hablarte con esta sinceridad. No es correcto lo que estoy haciendo; pero me parece que es mi corazón quien se confiesa con el tuyo...

—Sigue, Carmen.

—Me gustó. Fueron mis sentidos los que respondieron a su llamada. Y mi amor propio lastimado porque él no acababa de declararse. Me averguenzo ahora de mi flaqueza, de mi humillación; la culpa la tuve yo, demasiado sensible al ambiente de aquella tarde en Las Canteras: me declaré a él.

Y bajó la cabeza llena de rubor, esperando que él dijera algo. Luego, con un gesto que quiso hacer despreocupado, continuó:

—Después, todo igual: no supo mantener en mí aquellas primeras emociones; le preocupaba su carrera; yo le importaba poco: adiviné una vida gris monótona. , y a despecho de todos, que me llamaban loca por desperdiciar tan brillante boda, terminé las relaciones... Y sé ahora que tampoco lo quise, porque rompí con él sin dolor, sin pesar; fué como una liberación...

Y cambiando repentinamente de conversación, exclamó:

—¿Y por qué no paseamos? Vamos a Las Cabezuelas...

Muy arrepentida estaba de haber hablado ¿Qué pensaría de ella? ¿Cómo se atrevió a decirle aquellas cosas que nunca quiso contar? ¿Por qué estaba tan callado y la miraba tan fijamente? Sentía un vago temor; temía dejarse influir por sus sentimientos, que la inclinaban amorosamente a él; estaba convencida: quería a Juan María. No tenía voluntad; la presencia de él la hechizaba. Y era doloroso y amarguísimo notar su indiferencia. ¡Si Juan María supiera las ternuras que guardaba su corazón!

—Carmen, sigue hablando ¿qué piensas?

—Estoy cansada de remar... Vámonos a la playa...

* * *

Nunca hizo en Puerto Real una tarde como aquella. Carmen Salmerón podría asegurarlo. Ella conocía bien el pueblo y sabía de sus tardes primaverales henchidas de perfumes y de luces. Siempre fueron deliciosas las tardes en el bello rincón marinero; hacían posible el olvido del verano, el ignorar el azote del Levante y el no apetecer otra cosa que eso: pasear por Las Canteras. ¿Había algo mejor que una tarde como aquella, tan fresca, tan perfumada? ¿Algo más bonito que el color del cielo de tonos rosas, azules, grises, blancos? ¿Podría verse algo más lindo a través de los altos pinos, que aquel extraño encaje de pétalos claros y tules negros?

La tarde era transparente y acariciaba los ojos con besos de luz.

Nunca hubo en Puerto Real una tarde como aquella, en que el viento era un duendecillo que la rondaba juguetón requebrándola con susurros.

¡Amor! ¡Amor!, parecía decir la brisa saltando jubilosa.

¡Amor! ¡Amor!, murmuraban las ramas de los eucaliptos ténuemente.

«¡Qué tontona soy!» —se dijo Carmen, reprochándose íntimante su emoción. Pero seguía pensando que le gustaba a Juan María, si nó, ¿cómo iba a estar acompañándola continuamente? Ahora la esperaba en Las Canteras. ¡Qué feliz la podría hacer, si él quisiera! Y querría. Lo presentía ella.

—¡Carmen! —llamó el pintor que esperaba en uno de los primeros bancos.

—¡Juan María!...

Penetraron en el bosque umbroso, lleno de misteriosos sonidos. Pasaron por los caminitos flanqueados de grandes pinos y acosados de vegetación: lentiscos frondosos, anchos, en camaradería con las zarzas punzantes; trepadoras que subían abrazadas a los troncos con una suprema angustia de enterrarse en las hondonadas del terreno, aplastadas por el ramaje; orquídeas volubles, que ya disputaban el camino a las trepadoras o se emborrachaban entre lentiscos y espinos.

Se alejaban. Ya no se oían los cantos de las niñas; ni los gritos de los niños que se llamaban jugando al escondite; la música estridente que sonaba en el quiosco, se iba desmayando en la lejanía.

Sólo el silencio. Un silencio penetrante que sobrecoge y pasma. Y en el silencio, el cantar del viento, y el cosquillear a los árboles en sus copas redondas y verdes. Carmen habló en voz baja:

—Espera, Juan María, no sigas andando; escucha, escucha el silencio de las Canteras...

La miró él a los ojos.

—¡Qué imaginación tienes!

Ella no parecía oirle.

—¿No oyes?.. Es una conversación inefable, como si los pinos se contaran de rama en rama un secreto a media voz.. —luego dijo:— Te ríes de mí..., me crees tonta...

—No Carmen, te dejo hablar porque tú vas diciendo lo que yo siento; a mí también me impresiona este silencio majestuoso...

—Parece —siguió ella entusiasmada— que cada árbol de estos nos está esperando, y que se asoma al camino para vernos llegar...

—Y este perfume embriaga, ¿verdad Carmen?

—Verdad.

—Cuando ví por primera vez las Canteras, quise pintar algún rincón de aquí y no lo he logrado... Las Canteras, por la noche serán una delicia..

—Es cuando están mejor. Yo he venido algunas veces de noche. A mi padre le gustaba venir. Una noche.. ¡cómo me acuerdo a menudo de aquella noche!; mi hermana había ido a Cádiz a una fiesta; yo tendría entonces unos siete años; vine con mis padres aquí; nos sentamos en el primer patio, donde está el palomar; nos sentamos en un banco... Mi padre reclinó la cabeza en el hombro de ella..; no podía oir lo que hablaban, pero me reía sin saber por qué «¡Tonta! ¿De qué te ríes?» —me dijo mamá. Yo seguía riendo... Papá me dijo: «Ven». Y yo fuí, mirando entretanto a mi madre con mucho cariño. Papá me sentó sobre las rodillas de él, y nos abrazó a las dos mientra decía: «¡Como os quiero!». Era una noche de luna llena, pero nos veíamos en sombras, como esas fotografías de mucha luz entre follaje...

—¿Y... has venido muchas veces?

—Si, muchas veces, siempre con papá. Nos sentábamos en cualquier sitio y él me contaba siempre historias. Viajó muchísimo; unas veces por necesidad de los negocios y otras por gusto. Yo le preguntaba por t. do. Otras veces no hablábamos; permaneciamos callados largos ratos.. El era siempre el que me decía: «¿En que estamos pensando, Carmen?» Y nos volvíamos a casa. Mamá ya estaba acostada; la ventana del jardín abierta; decía invariablemente, con voz somnolienta: «¡Qué ganas de dar paseos extravagantes!.. ¡Con lo bien que se está en la cama!» Algunas veces nos preguntaba de que habíamos hablado, y él, por oirla, decìa: «Le he contado a Carmen nnestro viaje a Nueva York». Y ella contestaba escandalizada: «¡Ay, no me hables de aquello! ¡Cuánta gente por todas partes! ¡Cuántos rascacielos! !No me hables de aquello! Donde se ponga una casa de Puerto Real no hay nada más cómodo». Y nos reíamos de escucharla...

Continuó después de una pequeña pausa:

—En fín, todo aquello pasó...

—Tu madre es una entusiasta de esta tierra.

—Sí.

—A tí también te gusta

—También ¿y a tí?

—Muchísimo.

Se habían detenido junto a uu pino de raíces desenterradas, leñosas y entrecruzadas en su desesperación, de no poder ahondar en la tierra.

—A mí me gusta muchísimo y quiero llevarme en los lienzos todos estos incomparables rincones..; y si tú quieres, Carmen, podré hacer algo bonito.

Llegó lo tan temido y ella sintió arreboles en su rostro.

—Déjate pintar y verás que cuadro tan hermoso. ¿Por qué no te decides, Carmen? He dejado pasar tanto tiempo sin hablarte de esto para que lo pensaras. ¿Qué me dices? ¿Qué me contestas, Carmen?

—¿Dónde me pintarás?

—Donde tu quieras: en tu casa o en la de doña Cristina...

—¿Y...? —temblaron sus labios y no pudo preguntar.

—Y qué, ¿Carmen...?

—¿Y... cómo me pintarás?

—Ya te lo he dicho: de pié en la punta del malecón.

—¿Y...?

Los ojos de él la animaban.

—¿...cómo estaré vestida?

—¿Cómo? —se extrañó él —¡En bañador, naturalmente!

Carmen cerró los ojos, abrasado el rostro por un íntimo rubor, y dijo rotunda:

—No, no me pintarás.

La miró él desolado e incomprensivo.

—No, Carmen, no te niegues, no puedes negarte... Es el Arte..; será un gran cuadro... —y añadió exaltado: —¡Oh, Carmen, ¿por qué?..

Se paró frente a ella y cogiéndole los brazos, le dijo nervioso y apasionado: —Has de querer, Carmen.. Sin tí el cuadro no será nada... Tienes tú que aparecer en primer término, con tu cuerpo espléndido, con tu belleza de diosa..., y estos brazos tan perfectos... —Y mirándolos con éstaxis continuó:— ¡Hermosos brazos!...

Y recorrieron sus manos ligeras los brazos de Carmen en dulce caricia.

Temblaba la enamorada de emoción y sentíase desfallecer en una laxitud infinita.

—¡Por favor, Juan María! —pudo apenas decir.

Rompiendo el silencio de Las Canteras, vibró la voz de Carlos que se acercaba por un recodo hablando con alguien.

El pintor hizo un gesto de disgusto al escucharlo. La muchacha, sintió una mezcla indefinible de satisfación y tristeza.

* * *

Al volver a su casa tuvo la sorpresa de la llegada de su prima Mercedes. Pasados los primeros momentos de efusión y luego de terminada la cena, fueron al jardín a tomar el café. Hablaban su madre y su tía entusiasmadas, y Mercedes, —novia feliz —estaba en un mundo aparte, junto a Manolo, haciendo proyectos maravillosos.

—Estoy cansada, me duele la cabeza... Voy a acostarme, mamá...

—Pero no será nada, hija mía... —la voz de doña Pilar tembló con angustia.

—No te preocupes.. Es que estoy cansada y un poco nerviosa...

Se retiró a su habitación, dejando a la pareja egoistamente felíz, a los

ojos soñadores de su tía queriendo adivinar en los suyos; y al amor maternal temblando por la felicidad de su hija.

Toda su tristeza, todos sus nervios, sus sinsabores y amarguras, eran la evidencia de saber su amor no correspondido.

Llegó a su cuarto con pasos inconscientes de autómata y cerró la puerta con llave lentamente. No encendió la luz; la noche era crecida y brillante y por la amplia ventana entraba la claridad suave de las luces callejeras. Estaba enmedio de la habitación, desorientada, sin saber qué iba a hacer. Se miró los brazos llena de un tierno asombro. «¡Hermosos brazos!», había dicho él. Un suspiro hinchó su pecho y salió trabajosamente por sus labios apretados. Se recreaba admirando la perfeción de sus brazos. Lentamente, muy despacito, se acarició a sí misma; primero un brazo... Se acarició los dos a la vez nerviosamente, rabiosamente, aplastándolos contra su pecho en un movimiento desesperado... Luego, los sollozos convulsionaron su cuerpo.

Lloró, con pena de ella misma.

La deslumbró el artista con su fama, y la conquistó el hombre desde el primer momento.

La rabia secó sus lágrimas. Fué hacia la ventana con los brazos caídos, como una muñeca desarticulada. Era muy tarde. Se dejó caer en una butaca y cerró los ojos. A su cabeza acudían los pensamientos confusamente.

Oyó en el silencio de la noche, el movimiento de su familia que iba a recogerse para dormir. Unos pasos fuertes de hombre que pasaba por su acera; se dibujó la figura de Manolo a través de la persiana, volviendo la cabeza hacia atrás; adivinó la presencia de su prima en la puerta; después, ésta, era cerrada, cuando ya Manolo había dado la vuelta para seguir por la otra calle. Más puertas que se cerraban sin apenas hacer ruído y unos pasos suaves por el corredor: los tranquilos y reposados de su madre. La adivinó parada en su puerta, escuchando..; unos golpecitos discretos...

—¡Carmen...! —a media voz llamó su madre —¡Carmen!...

No contestó. Se encogió sobre la butaca apretándose contra el respaldo No. Su madre no sabría su dolor. Si callaba, la creería dormida.

Los pasos se alejaron lentos y silenciosos, y Carmen sonrió con amargura. Luego siguió mucho rato, inconsciente de las horas que pasaban.

Por la calle, un ruido de personas se acercaban muy despacio; era muy tarde. Los pasos se acercaban más y se detuvieron junto a su ventana. Conoció a la pareja: los había visto muchas veces venir de Las Canteras; la muchacha era agraciada, rubia, con ojos azules de mirada infantil; el, moreno, de facciones abultadas e incorrectas, bajo y enjuto. Se veían de noche cuando ambos salían de sus trabajos. Volvían tarde... —¿siempre tan tarde? —Hablaban en un murmullo apagado; ¿que se decían? Carmen se acercó a la ventana

y escuchó: —«¿Mañana?»... —«Sí...» —«No faltes...» —«¡Te quiero...!» —«¡Te quiero!» —Seguían andando lentamente... ¿Qué expresión tendrían en aquellos momentos los azules ojos, de mirada infantil, de la muchacha rubia?

¿Pasaría ella por la vida, así, de espectadora? Y los amores honesto de su prima, la irritarían lo mismo que los furtivos de esta pareja?

Sentíase muy mal. La frente le ardía y parecía que la cabeza le iba a saltar en pedazos.

Fué a la puerta y desechó la llave. Escuchó. No se oía nada. Sigilosamente salió de la habitación. Atravesó el corredor y se paró delante del cuarto de su madre. Escuchó otra vez. Dormía. Posó los nudillos sobre la puerta. Titubeaba.

—¡Mamá!...—llamó con dulzura—¡Mamá...!

—¿Llamas, Carmen ..?

—Abre, mamá...

Cuando entró, se déjó abrazar trémula, por los brazos maternales.

—¡Hija!... ¿Qué te pasa, Carmencita?

La muchacha volcó su corazón. Hablaba en voz muy baja, sentada en el borde de la cama. Su madre la escuchaba en silencio.

Luego, Carmen, escribió.

—¿Qué dirá Mercedes?... ¿Qué dirá tu tía, acabadas de llegar?

—Que dígan lo qué quieran, no te preocupes, mamá... Cuéntales la verdad, aunque no la comprendan... Y ahora, tráeme la maleta grande, mamá, y te encargas de mandar la carta...

Más tarde, las dos salían cuidadosamente de la casa La Estación estaba muy cerca.

Cuando el tren de la madrugada partió, la cara bellísima de Carmen asomada a la ventanilla, tenía una tristeza infinita.

===

Los periódicos dieron la noticia del regreso a España del gran pintor Juan María Lagoa.

En la vida de D. Juan, la vuelta del pintor, había sido como la piedra lanzada al lago. Aquel entrar y salir de tantas personas célebres que se apresuraron a saludar al artista famoso, producía en el anciano un gran placer.

A Juan María, en cambio, le fastidiaba enormemente. Huía de los amigos y evitaba las visitas.

La fiel Petra estaba escandalizada:—Tienen mareado a mi niño entre todos... no lo dejan tranquilo, y así no podrá trabajar...

Las tardes, las pasaban tio y sobrino juntos en el gabinete; eran las horas de su intimidad, aunque entre ellos apenas se hablasen; generalmente leían o escuchaban la radio. Luego, don Juan, salía a hacer su diaria visita a casa

de los Ramirez. El vivía felíz: no le molestaba la celebridad y podía disponer libremente de sus horas. Juan María, en Madrid y en su propia casa, se encontraba más extraño que en el extranjero.

—Petra, — dijo a la vieja criada — a cualquiera que venga, dile que he salido otra vez de viaje .. No quiero ver a nadie...

Y salió a la calle. La casa le entristecía. El silencio en ella, era pesado y tomaba cuerpo; un cuerpo invisible que parecía respirar humanamente y que se adueñaba de la habitación ahuyentándolo a él, que tenía que salir violentamente.

Deambulaba por las callee apartadas. Le parecía descubrir la ciudad; todo para él era nuevo. Caminaba sin prisas. Observaba deteniendose a cada paso. También esto le cansaba. Al volver a su casa, ya estaba en ella el tío Juan vistiendo la bata y calzando las zapatillas; en su semblante, una placidez había aparecido; la vivacidad y el nerviosismo que tuvo antes de salir, se esfumaron.

—Te diviertes, ¿eh, sobrino?

—No lo paso mal...

—¡Ah! ¡Quien tuviera tus años!... ¿Me contarás tus aventurillas? ¡Las extranjeras! ¡Oh...!

No contaba nada. ¿qué le iba a contar? Nada tenía importancia: y habilmente, encauzaba la conversación por otros temas. Se aburría y se cansaba de charlar. Inesperadamente, sorprendiendo siempre al anciano, se levantaba.

—Me voy, hasta luego, tio

O decía otras veces:

—Voy al teatro... No me esperes; cenaré en cualquier parte...

Veíalo marchar don Juan, y movía tristemente la cabeza: —¿Quién será «ella»? — murmuraba.

Regresaba tarde. La casa estaba sileciosa y envuelta en sombras. Cuando sonaba el llavín abriendo la puerta del piso, se apagaban en este las dos únicas luces que estaban encendidas. Dos manos arrugadas y huesudas, acudian diligentes a apagarlas. Primero, desaparecía la luz de la alcoba del señor; luego, aquella otra que se filtraba por la puerta al fondo del pasillo. Se entreabría después ésta y una sombra de deslizaba por allí... Petra no podía dormir Juan María tenía su cuarto iluminado durante mucho rato. La vieja espiaba anhelante:

—Se pasea... está nervioso: no puede dormir...Ha soltado sobre el mármol de la mesa el vaso del agua. . Arrastra una silla; ha crujido la cama .. Apagó la luz. Mi niño está malo; algo le ha ocurrido por esos mundos...

La sombra sigilosa, desaparecía al fondo del pasillo tras aquella puerta.

Pasaban los días calmosamente. Todos igualmente aburridos e insopor-

tables. Como insoportable era la conversación con el tio Juan, insoportables los cuidados maternales de Petra, insoportable las diversiones que le ofrecian los amigos. Y peor que todo eso, era hablar y ver a Carlos: le crispaba los nervios verlo tan «idiotamente feliz», y se irritaba cuando le hablaba de Puerto Real.

«¿Puede un hombre —se decía— sentirse feliz porque una mujer lo quiera? ¿Es posible que Carlos se haya transformado de esa manera desde que tiene relaciones formales? ¿Que sea tan estúpidamente feliz? ... ¿Y por qué me ha de hablar siempre de Puerto Real? ¿Qué de extraordinario tiene ese pueblo para que contínuamente me esté hablando de él? . . . Pero de quien quiere hablarme y no se atreve, es de Carmen. . . ¿Y por qué? ¿Crée que voy a molestarme? . . Después de todo, ella hizo bien. Hizo bien en irse; se estaba poniendo demasiado romántica. . . Sin embargo, hay que reconocer que es guapa ¡espléndida¡ ¡guapísima¡ . . Pero hay mucha mujeres guapas; todas las que se quieran . . ; y sin compromisos, ni lirismos; hay muchísimas mujeres. . . »

Intentó una nueva vida. Por lo pronto saldría de casa. El silencio y la quietud de su hogar era aplastante.

Don Juan empezó a inquietarse; él no podria consentir tal desorden.

—Petra, a qué hora se recogió anoche el señorito?

—A ninguna, señor; a vuelto hoy, hace un rato . . . Está en su cuarto, durmiendo. . .

—Avísame cuando despierte.

¡Qué largas son las horas! Tras los cristales del balcón, un rayito de sol otoñal. Don Juan miraba el reloj de la consola; le dolía los ojos de tanto mirar. A sus pies, el minino descansaba ronroneando voluptuoso; de tarde en tarde, abria sus redondos ojos verdes y miraba a su amo.

El rayito de sol que entraba por los cristales del balcón, se hacía delgado y suave; la claridad de la hermosa tarde se iba esfumando, y las sombras del crepúsculo se preparaban para su breve reinado. Miró don Juan una vez más al reloj; lo comparó con el suyo; suspicaz, miró al gato que abria un ojo fosforescente, y que le pareció un burlesco guiño diabólico. Un puntapié, lanzó al minino al otro extremo del saloncito quedando allí arrinconado, mientras su amo saliendo al pasillo decía a la criada:

—Cuando despierte el señorito, dile que lo estuve esperando todo el dia.

Y salió a la calle, a la misma hora que salía todos los días.

Petra cerró la puerta y entró en el saloncito para airearlo un poco; separó los visillos del balcón para mirar a la calle; don Juan la atravesaba entonces, con gallardía y garbo, impropios ya de sus años.

* * *

De muy mal talento se levantó Juan Maria. En el despacho sonaba con

insistencia el timbre del teléfono.

—Digame...

—....

—¡Ah. eres tú, Ricardo? ¿Qué quieres?

—....

—No. De ningua forma. No pienso salir hoy de mi casa.

—....

—No. No. Decididamente, no.

Y colgó. El teléfono siguió llamando

Petra vió como el joven se disponía a salir

—¿Pero, te vas, niño?.. ¿No comes antes?

—No....

Aqnella noche, como otras muchas, cenó don Juan sin la compañía de su sobrino; la placidez habitual de su rostro, desaparecía cuando miraba el asiento vacío

Aún no había terminado de comer, cuando apareció Juan María.

—Comeré cualquier cosa, Petra, no te preocupes..

Sirvióle ella en silencio. También callaba el señor.

Cuando al terminar se levantaron, el anciano inició la dirección del saloncito y miró a su sobrino esperando que le siguiera.

—¡Por favor, tío, otro día hablaremos!.. No tengo ganas de oirte...Me voy a mi cuarto a leer.

Tampoco hablaron al dia siguiente. Juan Maria pasó la mañana en su estudio y don Juan salió a pasear.

Era un día luminoso. Solo Petra quedaba en el hogar y se sobresaltó cuando sonó el timbre de la puerta. Abrió

—¿El señor Lagoa..?—preguntaba una voz de mujer

—En el ático.

Y quedó mirando cómo iba desapareciendo por la escalera el cuerpo gentil de una joven. No pudo ver más. Fué mejor para ella.

Juan Maria también se vió sorprendido por su llegada y la dejaba dar vueltas por la habitación curioseándolo todo. Hablaba sin cesar; él la escuchaba distraido.

—Dame un cigarillo, chico. No sabes cuánto me alegro de verte otra vez. Me enteré por los periódicos de tu regreso. Yo estaba haciendo una jira por el norte. Tú sabes que me he dedicado al baile ..¡Ah, no lo sabías? Pues si, cuando te fuiste, tomé algunas lecciones, y por ahí ando..Me aplauden mucho...

El no le prestaba atención; miraba ella el humo del cigarrillo, mientras observaba a hurtadillas al pintor.

—Si no te hubieras ido....—continuó coqueta—seguiría siendo tu modelo

y no me hubiera dedicado a esto... Pero, mientras la compañía esté en Madrid, puedes llamarme si me necesitas...

No se le pasó el gesto cansado de Juan Maria.

—Te encuentro variado..; antes no eras así..; estabas más alegre... ¿Te has dejado un amor en el extranjero?

—¡Cállate, Victoria, calla!..

—¡Oh, perdona, chico! No creí que iba a poner el dedo en la llaga....

—¡Victoria!...

La mujer se encogió en el sofá. Estaba arrepentida de sus palabras que provocaron el enfado del pintor; éste, paseaba nerviosamente.

— ¿Quieres beber? —le preguntó abriendo un armario —¿Qué quieres beber?

— Lo que tú me des, Juan María..

Bebió la mujer con fruición y siguió hablando. De sus triunfos actuales De sus privaciones pasadas. De sus proyectos para el porvenir. De sus valiosas amistades. Hablaba sin reposo. El no la escuchaba. Oía la voz de ella y se iba mareando poco a poco.

—Victoria, tengo que salir...

—Ay, chico, qué manera de echarme.... Me voy, me voy....Pero volveré otro día... Tu me llamarás, Juan María...

* * *

En el piso, volvía a llamar el teléfono. Juan María había bajado para almozar. Seguía malhumorado.

—Petra, contesta tú. Dí que no estoy. Que he marchado fuera.

Sin embargo, la comida no fué tan violenta como la de la noche pasada. Hablaron casi animadamente. Las cosas personales las rozaban ambos con habilidad, para no herirse; temían los dos las explicaciones. El tío no sabía cómo iba a preguntar, y el sobrino no sabía que iría a contestar cuando esa hora llegase.

¿Por qué estaban sus nervios tensos desde que llegó a Madrid?

«Carmen. Carmen·» Muy dentro de él sonaba este nombre sin querer escucharlo. «Carmen... Carmen.. » Y la voz crecía, martilleándole las sienes. «Carmen... Carmen...» La voz se hacía triunfante, sonora, cantarina. No. No era eso.—¿Qué?—Sin duda estaba enfermo: sería conveniente visitar a algún médico. Estaba decidido: pediría hora de consulta a cualquier célebre especialista en enfermedades nerviosas. No se enteraría su tío; esperaría a que se fuera a visitar a los Ramirez.

Y pasó la tarde entre las charlas con don Juan, la música de la radio y la lectura de algún libro. Observaba a su tio, esperando que, a la hora de cos-

tumbre. comenzara la vivacidad y el nerviosismo que anunciaba su salida. Por fín llegó ésta y él quedó solo. Se fué al despacho; al lado del teléfono estaba la guía. Buscó. Le daba igual cualquier médico: visitaría al primero que tropezara en la lista de teléfonos.

—Este—y señaló con el dedo en el libro el número que iba a marcar.

Quedó con la otra mano en el aire. Sonaba en aquel momento el teléfono. ¿Otra vez Ricardo? ¿Tal vez Victoria? No. No contestaría. Esperaría a que se cansasen.

Pero no se cansaban y seguían llamando con testarudez. Fingiría otra voz y diría que el «señorito ha salido».

—¿Quién llama?... Digame.

—....

—¡¡Carmen!!... ¡¡Tú!! Dime donde vives que voy para tu casa.

—....

—¿Desde un teléfono público? Pero voy a verte. Dime donde me esperas.

Cuando se hubo enterado colgó rápidamente el auricular. Se miró el dedo que señalaba un número en la guía de teléfonos, sin saber por qué lo estaba señalando. Recordó... Y riendo tiró al suelo la guía y salió de la habitación. Tropezó con Petra que se tambaleó, mientras miraba asustada..

—Un abrazo, Petra, dame un abrazo...

Lo abrazó la vieja con los opacos ojillos aterrorizados y cuando cerró la puerta tras él, murmuró toda llorosa.

—¡Señor! ¡Señor, qué le pasa a mi niño?...

Entretanto, Juan María escuchaba la voz cantarina y sonora que desde muy adentro, seguía diciendo: «Carmen... Carmen..» Y él, en voz alta, pronunciaba este nombre, sin preocuparse si alguien pudiera oirlo: «¡Carmen! ¡Carmen!!»

* * *

Desde la puerta del café oteó Juan María, hasta que vió a Carmen sentada en un ángulo. Se llegó a ella y efusivamente se dieron las manos; la de él, fría y con un temblor involuntario: la de ella, se adivinaba sedosa y cálida bajo el fino guante. Tomó asiento a su lado y no supo decirle alguna palabra la miraba abrumado: ella estaba exquisitamente vestida y le sonreía burlona,

—¡Si te dieras cuenta de lo preciosa que eres!... ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cuándo has regresado?

—Justamente hoy hace una semana.

—¡Una semana, Carmen, y hasta ahora no me has dicho que estabas en Madrid.

—No he podido, Juan María, ¡han ocurrido tantas cosas!..

Y Carmen contó. Estaba en Málaga con su hermana. Lo pasaba muy bien; Pilar y su cuñado eran muy divertidos. Fiestas, bailes... un verano estupendo! ¿No conocía Juan María la ciudad? ¡Magnífica!.. Pero todo terminó inesperadamente. Fué algo horrible. Estaban en un baile y charlaba ella animadamente con su pareja —un inglés que chapurreaba el castellano—; era muy gracioso hablar con él, queriéndo saber y preguntando contínuamente...

—¿Le gustabas, verdad, Carmen?

—Sí.., un poco.. —y le chispearon los bellísimos ojos.

Luego continuó narrando. Estando bailando observó que su cuñado hablaba a Pilar, que ésta palidecía, que balbuceaba, y que la miraban a ella preocupados. Se intranquilizó; dejó el baile y se unió a ellos y pregunto. Entonces lo supo todo; que en Puerto Real, su madre estaba gravemente enferma. Y allá fueron. Horrible.. Como quería ella a su madre, tan buena y tan cariñosa!...Fué un ataque cardíaco; cuando mejoró la trajeron a Madrid; el médico le había recomendado quietud, paz, pocas emociones...; en este punto había insistido el doctor: Una fuerte emoción, un gran dolor moral, sería fatal. Pilar se volvió a Málaga y quedaron otra vez las dos solas en aquel piso tan grande.

—¿Y por qué no me has llamado enseguida que llegaste?

—He tenido muchísimas ocupaciones... Muchas visitas...

—No es una razón...Total, una llamada al teléfono, como hoy, y hubiera acudido a tu casa.

Fijaba Carmen una mirada indefinible. ¿No se dió cuenta de que huyó de él y que desde que llegó a Madrid estuvo luchando consigo misma antes de dar el paso que los había reunido allí? Miró su reloj.

—Me tengo que ir ya. Mamá crée que estoy de compras. Le diré que he dado un gran paseo y que no he comprado nada.. ¡Si supiera que estoy en un café de nuestra misma calle!...

—¡Que cerca vivimos, Carmen!.. Pero no te vayas tan pronto!..

—Tengo que irme. Mamá se impacientará.

—Quédate un ratito más. Termina de tomar tu taza de té... Siéntate otra vez.. ¡Si supiera las ganas que tenía de verte... No te vayas .. Perdona que yo permanezca sentado; me parece que así puedo retenerte un poquito más..

—Se me hace tarde Juan María. Otro día nos veremos...

—Mañana.

—No sé.., no sé... Ya te avisaré.. ¿A qué hora estás en tu casa?

—Siempre. Yo no salgo. Por las mañanas y algunas tardes estoy en mi estudio, en el ático de la casa. A las horas de las comidas estoy en el piso. Ahora estaré pendiente de tus llamadas.. ¡Qué dichoso me haces!

El rostro de ella se coloreó intensamente y un suspiro quedó encerrado

en su pecho.

Salieron a la calle.

Cuando Juan María quedó sólo comenzó a andar. Estaba muy contento. La entrevista le había producido un gran placer. Carmen estaba más guapa que nunca. Su presencia había bastado para que su corazón se llenase de optimismo: haría el cuadro.

Se disipaba el crepúsculo. Era la hora de lo impreciso, de lo borroso, de lo vago, de lo débil. Nunca le agradó pasar esas horas en la calle, donde ni la luz del día que agonizaba era suficiente. En su casa, cerraba las ventanas y encendía las luces, o quedaba completamente a oscuras descansando sus ojos devoradores de luz.

Caminaba sosegadamente. ¡Cuántas horas como aquella, día a día, habían pasado en su vida. Recordaba a su madre, sentada en la butaquita pequeña y cómoda al lado del saloncito, con los ojos cerrados —tampoco a ella le gustarían las luces difusas— desgranando las cuentas de un rosario; eran las horas de sus rezos; cuando terminaba, cerraba las puertas del balcón corría las cortinas y encendía la lámpara grande que colgaba en el centro del techo. Se bañaba en luz. El era muy pequeño y vagaba por los pasillos y por las habitaciones, inquieto hasta que las luces se encendían en la casa. Era como un renacer. ¡Cuantas horas como aquella!... Recordaba a la muchachita que conoció en unas vacaciones en una playa del norte. Tambien era morena, como Carmen; con los ojos grandes y luminosos, como Carmen; pero los de Carmen eran serenos, brindaban paz y a través de ellos se adivinaba un sosiego y una bondad que no se advertían en los de la muchachita aquella. Acudía todas las tardes a las rocas como si atendiera a una cita. Se abismaban sus ojos en la lejanía del horizonte, viendo los tonos cambiantes del cielo y oyendo el batir de las aguas sobre las piedras oscuras. Hablaba mucho; era graciosa y tenía un donáire que cautivaba su atención. Al llegar las primeras horas del crepúsculo, decaía la conversación; se oscurecían los ojos con un fondo siniestro; su figura se iba recortando imprecisa y le hacía daño a Juan María oirle decir: «— La hora mala...» Su voz parecía de perturbada... Y le contaba por qué la llamaba así: porque le daban ganas de hacer todo lo malo y ¡quien sabe si algún día haría todo lo peor!.

Nunca podrían gustarle a él estas agonía crepusculares.

Y se acordaba, que saboreó estas horas con placer, gustándolas y pareciéndoles cortísimas: en Puerto Real. Paseando con Carmen. Allí la tarde no moría lentamente. Cuando todavía era esplendorosa, la noche tendía ligera su manto. Y, ¿cómo aquél día pudo soportar esas horas? —«Carmen, Carmen, eres un hada de luz».

Había llegado hasta la casa de Carlos. Se sorprendió este al verle.

Charlaron de muchas cosas y de pronto sin querer dar importancia a la noticia, Juan María dijo:

—He visto a Carmen Salmerón... Podré presentar mi cuadro en la Exposición próxima:

—¿Cuándo la has visto?

—Me llamó ella; me citó en un café; esta guapísima;

— Siempre te gustó.

—Si...

— ¿No has pensado que sentimientos te inclinan hacia ella? ¿Estás seguro de que es puramente artístico? ¿Solo el cuadro?...

—¡Vamos Carlos no me querrás decir que estoy enamorado!

—¿De veras no lo estás?

—No estoy enamorado, te lo aseguro—dijo con firmeza.

La esperaba todos los días, desde aquel, en que al entrevistarse nuevamente, le dijo con entusiasmo:

—Ahora trabajo con afán.; soy otro.. Ven por mi estudio; ya sabes donde vivo. En el ático me paso las mañanas hasta las dos. Te esperaré todos los dias...; y vendrás: yo sé que vendrás. No, no protestes, Carmen, no te vá ése aire rebelde... Te esperaré...

Todos los días subía ilusionado al estudio y cuidaba personalmente los detalles: los pliegues de una cortina, la posición de una butaca. Sobre un caballete, el lienzo dibujado con el paisaje del balneario de Puerto Real, el malecón con sus oscuras piedras desunidas en el extremo.

Por la tarde bajaba al piso. Observaba a su tio y le gustaba ver aparecer el nerviosísmo diario, precursor y anuncio de la hora de su visita. Entreteníalo en el saloncito sin conseguir retenerlo porque al llegar la hora, se despedia del sobrino y se marchaba. Entonces Juan María creía ser un chiquillo castigado Al llegar el crepúsculo cerraba las ventanas quedando a oscuras; solo los ojos fosforescentes del gato acurrucado en la alfombra, brillaban mirándole con insistente fijeza. Se marchaba entonces.

Cada día la esperaba. Hasta que una mañana unos golpecitos dados en la puerta, hicieron que el corazón del pintor latiera violentamente. Abrió. Allí estaba Carmen sonriéndole

—¡Qué bonito es esto Juan María! ¡Cuánta luz!...—dijo entrando decidida —

—¡Qué coquetón es tu estudio! ¡Cuántas flores!... ¿Siempre tienes flores?.

—No. Las he mandado traer para recibirte...

—¿Tan seguro estabas...?

—Lo presentía.

Tomaron asiento y quedó un silencio inquieto a la muchacha.

—¿Quieres tomar algo, Carmen?

—No, gracias...

—¿Y un cigarrillo?

—No...

—Tú sabes pintar?..

—Lo hago muy mal; en cambio para la música tengo aptitudes y toco el piano bastante bien... ¿Tienes aqui uno?

—Tengo uno en el piso, en el gabinete que fué de mi madre...

—A mamá le gusta tocarlo tambien... Tenemos aqui uno y otro en Puerto Real...

—Se pasa bien el verano allí ¿eh?

—Muy aburrido....

—Yo lo pasé muy bien... Me vine a Madrid el mismo dia que tú saliste para Málaga; no estando tú, para qué iba yo a estar...?

—¿De veras, Juan María?

—¿No lo sabias? Debiste suponerlo.

Los ojos de ella se posaron confiados en los de él.

—¿Vendrás siempre a esta hora?.... ¿Vendrás todos los días?

—Sí—titubeó antes de seguir—Quizá no pueda venir diariamente, pero te avisaré el día que tenga que faltar...

—¿Quieres que empezemos hoy mismo? Estoy deseoso de hacer ese cuadro Todo lo tengo preparado. Mira esa puertecita; es de un cuarto; entra y en el puedes arreglarte.

Ella miró hacia la puerta un poquito nerviosa.

—¿Que piensas? Si lo deseas, seguimos charlando y otro dia empezamos... Es bonito una amistad como la nuestra; tú eres una mujer inteligente y es una delicia hablar contigo; te confieso sinceramente, que nunca he conocido una mujer de tu valía..;—se habia levantado y aplastaba el cigarro en el cenicero con un movimiento nervioso de su mano; se fué hacia la ventana, por donde entraba la luz del mediodía a torrentes. Ella seguía todos sus movimientos. —Comprendo,— continuó el pintor mirando a los pardos tejados de alrededor —que te cueste un poco de trabajo lo de hoy, lo del primer día, pero no debe preocuparte: es el Arte. Igual que un paciente se descubre ante el médico... No tiene importancia, ¿verdad, Carmen?

Ella continuaba callada.Tambien miraba los tejados.Oía la voz de Juan María muy lejana, con un acento que no le conocía...¡Oh, qué facil dejarse convencer por aquella voz! Se sobresaltó al escuchar de nuevo:

—Pasa tú ahí mientras yo preparo unas cosas . Hoy no te varíes el peinado; más adelante lo harás de forma que parezca obra del viento.. No lo pienses más, Carmen.., anda...

No necesitaba ella mas palabra. Ya se habia levantado y caminaba hacia

la puertecita. El pintor la veía atravesar la habitación. Llegó. Se detuvo. Fué un momento. Pero titubeó ella y temió él. Empujó la puerta y volvió la cabeza sonriendo largamente.

Entró. Cerró con suavidad. Miró a su alrededor. Flores, flores por todas partes, en los jarrones, sobre el tocador, por la alfombra. El perfume era denso. Carmen se vió reflejada en un gran espejo. Dejó el bolso y los guantes sobre el velador y contempló un hermoso cuadro que creyó reconocer.
Sobre el sofá blanqueaba el diminuto bañador; a su vista sintió una sacudida en todo su cuerpo. Fué como un despertar violento.Sentia la sangre tumultuosa invadir su rostro. Encima del sofá, colgado en la pared, el cuadro parecía que iba tomar vida; era el mismo que tanto le impresionó cuando lo vió en Puerto Real: la mujer de cuerpo casi desnudo y mirada impúdica. Recogió el bolso de encima del velador; una rosa desprendida del ramo que alli había, se la llevó entre los dedos temblorosos. Abrió violentamente la puerta, y se plantó enmedio de la habitación con tal altivez, con tal soberanía, que asombró al pintor. Apretaba los dientes con rabia y miraba sin saber qué decir. Tiró con ira la flor, que, al apretarla llenó su mano de viscocidad. Temblaban sus labios y brillaban intensamente sus ojos

—No te voy a reprochar nada—pudo, al fin, articular con voz ronca y entrecortada — Yo sola merezco todos los reproches... ¡No! ¡No me digas nada! No quiero oirte....

Y miró a su alrededor buscando algo, dejándose caer en la misma butaca que ocupó antes Callaba, mirando sin ver, el ángulo de la alfombra. Luego alzó los ojos y contempló a Juan María que, de pié, delante de ella, la miraba.

—Me dá pena de mí. . Debería ocultar mis sentimientos y no puedo. Y además es inútil intentarlo: tú los conoces. Tú sabes, que me fuí a Málaga huyendo de tí, y sabes además, que todo cuanto te dije el otro dia en el café, fueron mentiras: yo no me divertí en Málaga, yo no lo pasé bien, ¿cómo lo iba a pasar bien, si no estabas tú conmigo?.. No,—se interrumpió al notar un movimiento de él--no te muevas, no hables...no podría descargar mi corazón de todo lo que siento... Oyeme sin interrumpirme y luego, dilo por ahí, envanécete después... Déjame ahora que te cuente lo mas horrible...¿no te parece horrible, que yo, en lo más íntimo de mi alma, me alegrara de la enfermerdad de mi madre, por que asi veía la posibilidad de acercarme a tí?... Deberia avergonzarme y no contarte esto, que eres el único que no lo debiera saber nunca, y no me avergüenzo, Juan María; creo que estoy sintiendo un extraño placer, una aberración sin nombre... Desde que llegué a Madrid, vivo sin vivir..; tú a todas horas ocupas mi pensamiento y mi deseo..; constantemente te veo, y mi casa, en la que nunca estuviste, está llena de tu presencia..; y no tengo minuto de reposo; ando como sonámbula por la casa; te busco en una locura infinita por todos los

rincones..; y llegó a más: cuándo de noche acompaño a mi madre, estamos sentadas frente a frente, y yo la desplazo a ella de alli y te veo a ti sentado mirándome como he deseado siempre que me mirases... ¡Sil ¡Te lo digo todo! Cuéntalo después, ¡qué me importa!...

El rostro de Juan María reflejaba un asombro inmenso; apoyaba una mano sobre el respaldo de una butaca y miraba a Carmen con expresión indefinible.

—No podía más y te llamé, ¿de que me sirvió la huída?.. Me he visto obligada a mentir a mi madre.. ¡Si ella supiera esto! ¡Qué bajo he caido. Anda, vocéalo por ahí; di que a Carmen Salmerón no la pintaste, pero que ella se rebajó tanto, que vino aquí. Es tu mejor conquista...

Los ojos se le empañaban de lagrimas. Abatió la cabeza y lloró.

—¡Carmen! ¡Carmen!..—se acercó él con respeto.

— No te acerques! — y le apartó con la mano—¡No te acerques!

—¡Carmen!... ¡Eres maravillosa!..

—No hables, no quiero oirte...—se habia levantado y apretaba nerviosamente el bolso, mientras las lágrimas se deslizaban por las mejíllas— Ya te lo he dicho todo; ya has sido testigo de todo mi derrumbamiento ..¡Qué seguro estabas de que acudiria aquíl... Me dá pena de mi. Para ti, un nombre más que añadir a la lista... Adios. No me busques, sería inútil, porque no me veras nunca más...

Y salio del aposento. El intentó seguirla.

—¡Carmen..!

—No vengas, seré capaz de gritar mi verguenza

Juan Maria quedó parado con una expresión dolorosa y asombrada.

Carmen bajaba de prisa.

Un piso, otro piso, otro piso...

Llegó al principal; del ascensor salia un caballero alto, de cabello blanco que se quedó mirandola como quien vé una aparición. Cuando don Juan perdió de vista a la muchacha, se dijo lleno de estupor:—La misma cara, el mismo empaque... Asi era Pilar Ralas en su juventud: exactamente asi..; Pilar Ralas era la mujer más guapa de Madrid....

* * *

Caminaba Carmen con ligereza sin saber a donde dirigirse. Al pasar, se contemplo en los espejos de un escaparate: tenia los ojos muy brillantes y húmedos

—Chica, cuanto tiempo sin vernos.

Se volvió sorprendida y una joven la abrazó cariñosamente. Ella la reconoció enseguida:

—Hola, Charo ¿donde te has metido tanto tiempo?

—Pues muy lejos, en la Coruña...; allí vivo desde que me casé. Y tú ¿cómo lo pasas? ¿te casastes?

—No.

—Dos chicos tengo ya ¡más guapos! Novio si tendrás...

—Tampoco.

—Pero en que piensas, con esta facha tan estupenda que tienes... A mí me habían dicho que le hablabas a un chico de Cádiz, que os ibais a casar ¿es cierto?

—Sí. pero aquello pasó.

—Oye, ¿sabes a quien he visto en Coruña? ¿No adivinas? a Pepe Martínez Lo pasa muy bien; se ha casado y pronto tendrán el primer hijo, ¡como pasa el tiempo! ¡Y qué vueltas dá el mundo!

—Así es...

—Te encuentro un poco triste, ¿te ocurre algo?

—Sí: mi madre no se encuentra bien; hace unos días tuvo un ataque cardíaco y todavía está delicada.

—¡Cuánto lo siento!... Me voy a Coruña muy pronto, pero antes iré a tu casa; saluda a tu mamá. Y ya sabes cuánto me alegro de haberte visto... Hasta otro día... Ya hablaremos...

—Adiós, Charo....

Un nuevo abrazo y las dos se separaron tomando direcciones distintas.

Encontró Charo la felicidad; también la encontró Pepe Martínez. Se los imaginaba a los dos en el próximo encuentro; Pepe escucharía la charla de la noticiera Charo: —«Encontré en Madrid a Carmen Salmerón, ¡chico, soltera todavía!, siempre fué una sosa...»— Y los dos se comunicarían su felicidad: los chicos tan guapos de ella, el chicote tan hermoso que él esperaba. .

Había llegado a su casa. Le esperaban nuevos fingimientos, nuevas mentiras, porque a su madre no podía decirle la verdad, porque la verdad era vergonzosa, ¿cómo había tenido valor para ir allí? Y una vez que fué, ¿por qué dijo aquellas cosas?...

—Hola, mamá, ¿cómó lo has pasado aquí tan sola? ¿No se te apetece un paseito? Este sol de otoño es muy agradable.. Dá gusto sentirlo estas mañanas..

Doña Pilar contestó besándola, y advirtiéndole que ya era hora de comer; que la había estado esperando; que se había retrasado algunos minutos...

—Es que me entretuve porque me encontré a Charito ¿La recuerdas? y hemos hablado mucho rato.

—Vamos al comedor.. ¿Y qué cuenta Charito?

—Pués que es muy feliz, que lo pasa muy bien, que tienes unos chicos guapísimos..., esas cosas...

—¿Y donde vive?

—En Coruña... También me ha hablado de Pepe Martínez, que vive allí ¿te acuerdas?

Asintió la madre.

—Y cuenta de él que también se casó, que es muy felíz, que espera un chico...

Se habían sentado y empezaron a comer en silencio. Luego, en la intimidad del cuarto de estar, continuaron hablando:

—En fín, todos van encontrando la felicidad.

—Eso dicen ellos...

—¿Lo dudas acaso?

—No...

—Tú, hija mía, no eres feliz ¿verdad? —la madre la miraba con tristeza.

—No. —Contestó con los ojos empañados.

—Pero ten confianza, Carmen, todo pasará y verás la vida nuevamente con agrado...

Lloraba la joven con una gran congoja.

—¿Sigues queriendo a ese hombre? ¿Es posible? Tan espiritual como tú eres, tan exquisita y te has ido a enamorar de un ser todo materialismo, ¡Dios mío!— y tras un silencio —Pero tú eres juiciosa y sabes portarte como es debido.. Tú no verás a ese hombre nunca, y si la casualidad os pusiera frente a frente, te haces la indiferente y que no sepa jamás que hoy lloras por él... Ya pasará todo y encontrarás la felicidad.. La felicidad, hija mia, se encuentra en las cosas pequeñas y casi nunca es completa.. Cada uno es felíz a su modo.. No sueñes, Carmen, que la vida es más sencilla de lo que supones... No sufras por eso; ya vendrán los sufrimientos a atormentarte cuando más dichosa te creas.. Procura que te parezcan siempre todo muy pequeño.. Y la paz interior, la conciencia limpia y el cumplimiento del deber, hará todo lo demás... Anda, Carmen, no te violentes si deseas estar sola, o pasear..., haz lo que quieras... Y ya, ya pasara esta pequeñita cosa...

Carmen salió de la habitación. Doña Pilar tocó un timbre y le dijo a la muchacha que acudió a la llamada:

—Prepare una taza de tila y llévela al cuarto de la señorita.

* * *

Juan María había quedado sujeto al marco de la puerta, con una expresión dolorosa y asombrada.

Carmen bajaba deprisa y la veía pasar por un peldaño y otro y otro, hasta que desapareció de su vista. Cerró la puerta. Nada había variado dentro de la habitación: todo seguía igual y la luz fuerte y clara. «¡Cuánta luz, cuántas flores!», había dicho ella al entrar.

El cogió unas pocas y las arrojó con violencia a la papelera y comenzó a

pasear nerviosamente por la habitación. Abrió la puertecita; sobre la mesa estaban los guantes de Carmen; los cogió y aspiró con deleite el perfume delicado; era exquisita en todo... Pero con rabia los tiró encima del sofá. La figura del cuadro parecía tomar vida, y su mirada le pareció al pintor una mirada de burla... Como si realmente tuviera vida, se dirigió a ella: —«¡Estúpida! siempre fuiste igual: falsa y mala...» y salió cerrando con ira la puerta. ¿Y qué iba a hacer allí, en el estudio, después de la escena absurda? Quitó del caballete el lienzo y lo tiró a un rincón. Cuando desesperado, bajó al piso, su tío lo esperaba para almorzar.

—¿Has tenido hoy arriba una visita...?

—Sí.—Contestó secamente y dando unos pasos para salir.

— Verás—continuó don Juan — Es que me ha llamado la atención, porque me recordó a otra mujer que hacia furor en Madrid cuando yo tenía unos cuarenta años, quizá sea hija de aquella...

Juan María, intentando salir, dijo:

—La joven que a mí me ha visitado se llama Carmen Salmerón.

—¿Ralas...?

Y ya muy cerca de la puerta del piso, contestó desabridamente:

—Si, Ralas...

Y salió a la calle sin más palabras. Estuvo paseando sin rumbo un rato muy grande. Sin proponérselo, había llegado hasta la casa de Carlos y entró. Charlaron. De pronto el amigo preguntó:

—¿Sigues viendo a Carmen?

—Es una mujer muy variable... y a pesar de su modernismo, de que parece inteligente, pues resulta una muchacha de... ¿cómo te diré...? de un excesivo recato.

—¿A qué llamas excesivo...?

—Mira, Carlos, no me hables de ella.

—Como quieras, pero va resultando que te hacen mucha mella las cosas de Carmen y que le tienes más afecto del que tú mismo crees...

La conversación con Carlos tuvo la virtud de empeorar su mal humor y salió de la casa con ánimo decidido de no volver más allí.

Un coche se detuvo cerca, y desde él, una mujer le hacía señas para que se acercara.

—¿Dónde vas Juan María? Tengo ganas de hablar contigo. Sube. Te llevaré a donde vayas

Subió él sin voluntad para rehusar.

—¿Para dónde ibas?

—En realidad, no iba a ningún sitio...

—¡Que bien! Ven a casa, te invito a comer; yo he estado toda la mañana

de compras porque salgo para Tánger ¿sabes?... ¿Pero qué vas a saber, si no quieres nada con los amigos?... Ya nos contó Ricardo, que no querías divertirte con nosotros... ¡qué raro eres, hijo! Bueno, yo no te suelto hoy... Y cuando vuelva de Tánger, te verás obligado a pintarme... Yo quiero que tú me pintes...

Se dejó arrastrar por el encanto de aquellos amigos, y ahogó en risas, fiestas y diversiones el recuerdo de Carmen. Intentó ahogar el recuerdo: no lo consiguió. Le perseguía la estampa de ella dejada caer en la butaca, llorando con amargura después de confesarle su amor. Se reprochaba su actitud; pensó que no debió dejarla salir sin haberle pedido perdón. Ella no era como las otras que estaba tratando; ella tenía pudor. Pasaron unos días llenos de perplejidades; pensaba en las palabras de Carlos; en la vida de bochorno que ahora llevaba sin satisfacerle.. El recuerdo de Carmen era insistente. Por fín, un día, trás de muchas vacilaciones, marcó el número del teléfono de ella; iría a pedirle perdón; estaba decidido. Una voz pastosa y dulce de mujer, le contestó; no conocía aquella voz, que le daba una respuesta meditada; soltó el teléfono con desaliento. Don Juan lo observaba con una gran tristeza reflejada en su rostro.

—¿Vas a salir, sobrino?

—No, tío, te acompaño si deseas.

—Gracias, Juan María, vámonos al saloncito.

Se acomodaron en las butacas; los ojos del joven, miraban a través de los visillos el azul del cielo, con mirada emotiva.

—Ya hace tiempo que quería hablarte, pero siempre me he callado por miedo...

Volvió la cara extrañado y miró a su tío.

—Sí, por miedo; un miedo pueril, pero al fín miedo..; a no saber explicarme; tú le llamarás vanidad; llámalo como quieras... Yo quisiera saber llegar a tu corazón sin sensiblerías, reciamente, varonilmente.. Contarte una historia-llamémosle sentimental...

El anciano hizo una pausa; su mirada, como antes la del joven, también era evocadora y en su rostro se reflejaba la emoción.

—No conozco tus intimidades; hemos estado dos años separados y estos dos meses que llevamos juntos, no nos han unido bastante. Pero yo te he estado observando porque no en vano te quiero como si fuera tu padre, y he notado tus tristezas, tu abulía, tu mal humor, tu vida desordenada.. ¿Qué le ocurre a Juan María?: una mujer hay en su vida. ¿Me equivoco, sobrino?.

—No tío; así es.

—Luego quise averiguar quién era la mujer; tú me dijiste su nombre, y Carlos me dijo todo lo demás....

Después de un profundo suspiro, continuó:

—¡Qué gran maestra es la vida! ¡Y qué amargas son sus enseñanzas! Por eso quiero yo hablarte..; no quisiera que tú sintieras sobre tu carne sus disciplinas.. Si la historia que voy a contar puede servirte de algo, doy gracias al Cielo por mi experiencia que te librará a tí de un dolor. .

— Habla, tío.

—Te repito que siento miedo de llegar a tí con sensiblerías...

—Habla, tío.

—Cuando de Sevilla nos vinimos para vivir aquí, yo estudiaba Derecho y era un muchacho travieso, gracioso, bien plantado, y me volvía loco cuando veía a una mujer. Pasé mi juventud mariposeando; todas me gustaban y a todas atraía. Tenía un íntimo amigo y juntos íbamos a todo pero mi amigo no era como yo, sino completamente opuesto: formal, serio y nada mujeriego. En aquel tiempo, la vida era de otra forma; se celebraban reuniones en muchas casas . No creas que exagero si te digo, que a mí, me rifaban en todas partes... Nos reuníamos mucho en casa de unos señores gallegos —ya te calcularás a quienes me refiero —que tenían la hija más bonita, más inteligente y más buena que he conocido; cada vez descubría más bellezas en su alma..: No le era yo indiferente a ella, ni mucho menos a sus padres a quienes gustaba como yerno... Me enamoré de Rosiña locamente, pero más locamente seguía mariposeando con las demás.. ¡Ay, la felicidad, que la tuve allí al alcance de la mano y la dejé pasar como un necio!.. Cuando me dí cuenta de mi locura, era tarde Rosiña y mi amigo Joaquín se habían hecho novios; él era más digno que yo y la merecía más.. La amargura de toda mi vida arranca allí. Seguía queriendo sin rencor a mi amigo, y la adoraba a ella. Como recurso estúpido, ahondé en la vanidad de mi vida; y asistí como espectador a la felicidad de mi amigo. No quería, ni podía ser su confidente y me fuí de Madrid. Me perseguía el tormento de la dicha de ellos; intenté aborrecer a Joaquín; y por fín me resigné a todo; a ser padrinos de boda y luego padrino de los hijos. La veía a ella felíz y con eso gozaba yo. No podia vivir separado de ellos y fuí como un miembro más de la familia.. Nadie conocia mi secreto; yo había levantado en mi corazón un altar para Rosiña.. Así, toda mi vida, sufriendo con sus penas y disfrutando con sus alegrías; toda una vida, Juan María .. Estalló la guerra ya éramos viejos los tres; estábamos en Galicia aquel verano..; desde que éramos viejos los acompañaba todos los años... Después de la guerra murió Joaquín lo lloré como a un hermano.. ¡pero qué humanidad más despreciable, Juan María!.. pensaba, qué tarde había muerto el felíz amigo.. Todos los días voy a verla y la miro con una pena.. ¡está arrugadita, con la cabeza blanca y siempre temblando como si tuviera fríol La he visto envejecer dia a dia... ¡Ay, Juan María, cuando la felicidad pasa por nuestro lado, hay que apresarla y no dejar

escaparl...

Una pausa muy grande.

—Y dispuesto a contarte ésta íntima tragedia mia, te lo diré todo.. Que no te resulte grotesco el mayor dolor de mi vida. Ocurrió, hace unos meses, muy pocos.. Estábamos sentados en su gabinete, como ahora lo estamos nosotros aquí, solos; ella, haciendo trabajosamente una labor de agujas largas; escuchábamos la radio en silencio.. Yo no sé por qué, le dije aquello que conseguí callar tiempo: «Rosiña, ahora que no puedo ofenderte, voy a decirte. que te quise siempre..» —«Y yo a tí desde que te conocí»... Me lo dijo con su voz temblorosa, mientras unas lágrimas caían en sus manos.. Se las besé con devoción, como a una santa, y, también lloré....

Calló don Juan emocionado.

—No dejes pasar la dicha, Juan María; un amor grande y verdadero no puedes dejarlo pasar; pregúntale a tu corazón, y si él lo quiere, vé a casa de la viuda de Salmerón y habla, ruega, suplica, humíllate... ¿Qué es eso para poder conseguir la felicidad que sin duda está pasando por tu lado?

—Llevas razón, tío, y te agradezco la calma que me has proporcionado con tu consejo... Temo, sin embargo, que ella no me haga caso porque la he ofendido...

—Pídele perdón.

—Lo haré..

—Y cuanto antes, mejor; no pierdas tiempo. Yo me voy también; Rosiña me espera a la hora de todos los días... Ten confianza y ánimo, sobrino..

Salió el anciano acompañado de Juan María hasta la puerta. Este volvió enseguida al saloncito y ocupó la butaca que había abandonado su tio. Meditaba las palabras oidas. A sus piés, el gato, perezosamente, ronroneaba... Juan Maria se inclinó y pasó suavemente una mano por el lomo del animal, que, al sentir la insólita caricia, abrió los ojos verdes y volvió a cerrarlos lentamente

* * *

Felicidad, ¿dónde estás?

«En estas cosas que me rodean, —diría Carmen —en este despertar de cada mañana, cuando se prepara un nuevo día de dicha. Mis oraciones son ahora más sentidas y recogidas y la paz ha llegado a mi corazón. Está en estos besos que le doy a mi madre... ¡Cuánto me quiere ella! Se lo dije todo; le conté todos mis pasos.. ¡cómo se disgustó cuando lo supo! Y tuve que escuchar su reprimenda: una señorita no se rebaja de esa forma; una mujer cristiana, se respeta más y nunca habría accedido, ni por un momento, a visitar a un hombre con el objeto de que la pintara casi desnuda. Pero ahora está muy contenta. Todas las mañanas, cuando me besa, me dice: «¡Qué felicidad!» Y es

verdad ¡qué felices somos! La felicidad nos rodea y está en todas partes y en todas las cosas: en el pasear con Juan María, en salir de compras para preparar nuestro hogar; en charlar contínuamente con él; en la calle, en el teatro, en el cine en la casa. En todas las cosas y en todas las personas.. En conocer al tío Juan, a Rosiña, a Aurora, a Carlos, a Petra... ¡Señor! ¡Señor!, ¿merezco tanta felicidad?»

Se deslizaban plácidamente los días y se hacían entretanto preparativos para formar el nuevo hogar; los nuevos hogares, pues Carlos y Aurora se casarían también y entre las dos bodas solo habría una diferencia de días. Primero Carmen y Juan María. Todo en la mayor intimidad. Harían un viaje muy largo y vivirían en todos los lugares donde antes vivió él. Entretanto, doña Pilar se iría a veranear a Puerto Real y la acompañaría Mercedes, la sobrina sevillana.

—Lo nuestro —decía Carmen —parece una novela de amor, con un final de marcha nupcial.. Y es agradable ser los protagonistas ¿verdad, Juan María?

Era plenamente, totalmente, felíz.

—Cuando estemos casados, yo iré contigo al estudio a verte pintar.

Todo eran proyectos.

—Cuando estemos casados...

Así comenzaban sus diálogos: «Cuando estemos casados..» Siempre el mismo comienzo y siempre idéntico final:

—¡Te quiero, Juan María!

—¡Te quiero, Carmen!

Ahí estaba la Felicidad: en esos proyectos. en esas ilusiones, en esos sueños, en esas realidades...

Y llegó por fin el día. Un día esplendoroso de primavera. Al fín casados. No quiso Carmen que fuesen después a despedirlos a la estación

—Nos despedimos aquí ¿eh? nada de escenas en la calle; cuando llegue la hora nos marchamos los dos y.. hasta la vuelta...

Era plenamente, totalmente felíz.

—Adiós, mamá —decía Carmen en el dormitorio de su madre, donde habia entrado para cambiar el traje blanco por otro de viaje —te escribiré muy a menudo.. Cuídate mucho y sobre todo no dejes de ir a Puerto Real...

—Sí, hija mia, sí...

—Y si alguna vez me retraso en las cartas, no te preocupes; es que seré tan feliz, que me haré un poco egoista...

—Sí, hija, sí...

—Qué te pasa; mamá? ¿Te fatigas?

—Un poco, hija mia, es la emoción... Dame las gotas... No, ahí no están; las dejé en el gabinete, sobre la mesita redonda...

—Vengo enseguida, mamá...

Corrió Carmen por el pasillo. Del salón salían unos rumores y risas, Todos eran ese dia felices Al pasar por la puerta de su cuarto, oyó la voz de Juan María y se detuvo un momento ¡era tan agradable escuchar su voz! ¿Qué decía? Era Carlos el que hablaba en aquel momento:

—...ya lo conseguiste y pintarás tu cuadro. .

¿Era posible? ¿Se casó con ella solo por pintarla? El corazón comenzó a latir violentamente... Cogió el tarro de las gotas medicinales... ¡si su madre lo supiera! Se moriría de pesar, como se estaba muriendo Carmen en aquellos momentos, en que se sentía aniquilada, rota, hecha pedazos ..Pero si no podia ser así .. Hablaría a Juan María y mientras a fingir, a disimular, para que su madre no se diera cuenta de su terrible tragedia...

—Las gotas, mamá.

– Hija, no te asustes, es que estoy emocionada ..

Y después, cuando se despedía de su hermana:

—Cuidala mucho, Pilar...

—Estás pálida, Carmen, demasiado pálida...

—Cuída mucho a mamá...

Después, ya en el tren, fué Juan Maria el que habló:

—¿Te acuerdas, Carmen, que decíamos que no íbamos a pronunciar el «al fín solos?»... Pués he creído que este instante no iba a llegar nunca hoy nunca, ¡al fin solos!

Ella callaba obstinada y seria.

—Nunca pensé volver a los mismos sitios para evocar el pasado. Voy con verdadero placer porque vamos juntos; y tal vez todo me parezca nuevo; tú me irás descubriendo las más recónditas bellezas de las cosas.. Visitaremos aquel pisito en donde yo viví sólo..; si estuviera desalquilado, ¿te gustaría que viviéramos en él?

Juan Maria seguía hablando sin esperar respuestas. Ella estaba pálida y no sabía disimular su nerviosismo. Por fín, dijo algo que sorprendió al esposo y cuando surgió la explicación, el reía burlón.

—Me he casado contigo porque te quiero... ¿cómo podias imaginarte que fuera para poder pintar aquel cuadro? ...Me he casado contigo porque te quiero.

—¡Oh, Juan Maria, devuélveme la paz!

* * *

La portera lo reconoció enseguida y pareció alegrarse de volverle a ver. Hablaban muy deprisa, y Carmen escuchaba sin poder comprender completamente. Sólo pudo deducir, que el pisito estaba desalquilado, que la vida encarecía cada día más, que le daría la llave para entrar en él, que una señora

española vino varias veces a visitar al señor cuando éste ya se habia marchado, que la señora lloraba mucho...

Juan María tomó la llave y ambos emprendieron la ascensión hasta el segundo piso.

—¡Qué bonito es esto!.. Ven, siéntate a mi lado... Y háblame, dime algo.

El callaba abstraido.

—¿No me dices nada?

—No sé que decirte, Carmen, esta es la verdad. Pensé al traerte aquí, difrutar de tu presencia solamente como en cualquier otro sitio... Pensaba, que este lugar en donde he pasado casi un año de mi vida, no me iba a traer ningún recuerdo, porque estando tú a mi lado, tú sola ocupas mi pensamiento .. Una viita aquí, iba a ser, como una aventura amorosa; íbamos a realizar unos sueños. Cuando vivía aquí, trabajaba intensamente... A veces, de noche, ya muy tarde, llamaban a la puerta; acudía a abrir un poquillo nervioso, y siempre era mi amigo Eduardo, otro pintor que no tuvo suerte, y que acudía para comer algo y dormir; me decía zumbón:—«¿Creías que te buscaba una bella parisina?» Te confieso que eso era demasiado fácil, pero mis sueños eran otros. . Te soñaba a tí; ya te presentía, Carmen. . Pero soñaba estos momentos de otra forma; no los idealizaba tanto...

—Yo en cambio, Juan Maria, los deseaba así: venir aquí y sin impaciencias hablar como dos novios. Todo, por querer tomar la revancha al tiempo; porque te quiero tanto, que me duele no haberte conocido siempre; y quisierà revivir, dia a dia, todos los que has pasado sin mí... Esta habitación, solo ésta, es la que me interesa, porque tú trabajarías aquí ¿verdad?, tendrías el caballete ahí, frente a nosotros...

—Sí.

— Y luego descansarías en éste sofá...

—Sí.

—Me parece que te estoy viendo. Lo que no veo claro es a tus modelos. Solo una me atormentaba; pero tampoco la encajo aquí dentro; la veo apoyada en el marco de la puerta, despidiendose de tí. .

—¡Ah, te refieres a Isabel...

—Justamente. Pero ya no me atormenta. Era un fantasma que me estaba asustando dasde aquel dia en Las Canteras ¿te acuerdas? ¿Pero ya no tengo celos; ya no; ya soy feliz...

Aquella noche tenian ganas de bailar, y fueron a una célebre sala de fiestas. Charlaron observando a su alrededor. Juan Maria conocía a mucha gente.

—¿Bailamos, Carmen?

Y como advirtiera sugesto, casi imperceptible ,para hacerle callar, miró a

donde ella lo hacía. Al principio no se daba cabal cuenta; luego fijó su vista en una pareja que estaba sentada muy lejos de ellos. Veía a un caballero correctamente vestido, de cabellos muy rubios y de perfil regular y agradable; conversaba animadamente con una señora que, en aquel momento habia vuelto la cabeza y no se le vía el rostro; solo su cabellos negros y su peinado alto, que dejaba al descubierto la nuca en la que destacaba un hilo de perlas.

—¿Qué miras...?

—Allí— y le indicó con la mirada al caballero rubio y a la señora morena —me ha impresionada la palidez de ese hombre...

En efecto, era una palidez impresionante y cadavérica.

—Vamos a bailar...

Se mezclaron al grupo de danzantes. Gozaban ambos el momento, imaginándose estar en la más absoluta soledad, como si la música solo fuese percibida por ellos. Solos, como habian bailado un chotis evocador en el pequeño piso encerrado en un bohemido barrio de Paris, al compás de un gramófono. No hablaban; se comunicaban con los ojos y con el tacto. Carmen, muy bajito exclamó:

—¡Si todo esto se desvaneciera como humo y quedáramos tú y yo abrazados así...

No oyó las palabras del marido, pero sintió en su grácil cintura, más acentuada, la cariñosa presión de su mano. Y el placer de la danza, y el gozo de sentirse comprendida en su deseo, la enervaron dulce, suave, deliciosamente. Perdió el compás... Habia sentido en la cintura los dedos de Juan Maria, crispados, como una garra, como si hubiese tenido necesidad de sujetarse a alguien para no caer. Fué momentáneo. Seguian bailando de nuevo acompasadamente; a su alrededor, escuchaba frases en idiomas diferentes. Muy cerca de ellos, pasaba bailando el hombre pálido que tanto la impresionó y la señora morena del hilo de perlas.

—¿Qué te pasó?— pregunto ella.

—Está aquí Ana Pía...

—¿Ana Pía?— latió acelerado y angustioso el corazón de Carmen —¿Ana Pía?.... Nunca me hablaste de ella...

—No tiene importancia...

Receló; si no tenía importancia, por qué se habia emocionado ¿Otra vez perdian el compás. Carmen queria estar sentada, y cuando él la llevó al sitio que ocuparan y empezó a hablar, llegó a tranquilizarse un poco.

No tenía importancia, le habia dicho. Y así era: para ellos, para su mutua felicidad, no la tenia. Ana Pía era una condesa italiana a quien el conoció y pintó, durante su estancia en Roma. Ana Pía era viuda. Su marido murió en campaña, en la pasada guerra y ella quedó con una aureola de mártir. Su ma-

rido la habia tenido encerrada en un viejo palacio torturándola con sus celos. Quedó viuda y pobre, por la confiscacion de sus bienes; y fué entonces cuando empezó una vida nueva que nadie supo explicarse como podia sostener. En aquella época, él la pintó. ¿No se acordaba Carmen de aquel cuadro que tenía en el ático encima del sofá del cuarto pequeño Aparecia sosteniendo una cortina y un torrente de luz descubria su desnudez. Se acordaba Carmen. Y recordó además, la mala impresión que le causó el cuadro el dia que lo vió por primera vez; la mirada de la mujer, le molestaba, le dolía. Nunca le pregunto por qué lo conservaba. Y ahora Juan Maria iba a contarselo todo; quizá con un vago placer; deteniéndose en detalles que ella nunca adivinó. Presentía que estaba reviviendo los dias en que pintaba a la italiana. Para ella, aquello permanecería siempre en el misterio mas oculto; nunca sabría más de lo que hoy quisiera decirle él. Y asoció la figura del cuadro con esta figura viviente, y la iba viendo con sus perlas resaltando en la morenez de su piel y envuelta en aquellas volutas que lanzaba el cigarrillo de Juan Maria. La veía allí, junto a ella misma, inverosímil, pequeñísima, plegándose a los caprichosas espirales, atormentándola.

—Deja el cigarro; me distraigo y no me entero de lo que dices.

El obedeció.

—Dime ¿por qué conservas el cuadro?

—Porque no es mio: es de ella; me pidió que lo conservara hasta que pudiera lucirlo en su palacio, que esperaba le fuera devuelto al volver todo a la normalidad. Lo pagó espléndidamente. Un dia se presentó en mi casa acompañada de un extranjero muy alto y muy rubio.

—¿Este que baila con ella?

—No, creo que no; aquel tenia unas facciones irregulares y los pómulos muy abultados. Quiso llevarse el cuadro y ella no lo consintió. Fué entonces cuando hablándome en español que el otro no entendía, me rogo que lo conservase. Parecía muy obligada al extrajero. Unos dias después, la volví a ver tomando el aperitivo en un bar elegante de Roma. Me dijo que ella misma recogería en Madrid su cuadro, porque pensaba marchase de Italia, en donde no encontraba seguridad para ella vivir. Fué la única vez que la ví más humana; me pareció una tímida mujer temblando ante el porvenir; perdieron sus ojos la mirada de promesa sin confesables y se volvieron dulces y tristes. Me hablaba mezclando su idioma con el nuestro; se llamaba a sí misma «poverélla Se veía envuelta en grandes intrigas; quería ser independiente y no verse sometida y mandada por ningún hombre. Me dió lástima la mujer..; por un momento, creí que las confidencias fueran premeditadas y que sintiera curiosidad por saber mis reacciones...

—¿Y como fueron .?

—Sin meditarlo, le ofrecí mi ayuda y la llevaría a España...

—¿Accedió?..

—Al principio pareció sorprendida, pero después... Ahora te vas a sorprender tú, Carmen...— y se quedó un momento parado— Tambien yo me sorprendí, cuando con la voz segura me dijo: «¿Te casarías conmigo?..» —No supe contestar en el momento, y esperó anhelante mi respuesta. Me miró con esa mirada que tiene en el retrato y fué como si arañara mi carne.. De haber seguido con la mirada triste y dulce, no sé que le hubiera contestado....

—¿Y ella..?

—No se molestó. Siguió diciendo que sería la única solución de su vida, la que le devolvería su reputación honrada, que añoraba, la que le daría la tranquilidad y la quitaría de tantos peligros como la acechaban. Es la mujer más falsa y mas mala que existe...

—¿Por qué no nos vamos, Juan Maria?

—¿Y por qué hemos de irnos? ¿Por ella?... No me ha visto... Y además, para nosotros no es peligrosa..,

—Vámonos, Juan Maria... Además es ya muy tarde.

Intentó levantarse sin conseguirlo, y miraba con estupor a Juan Maria.

—No podemos irnos—dijo con pesadumbre—viene hacia aquí

La italiana llegaba hasta ellos acompañada del caballero palido, y tendia su pequeña y cuidada mano, soriendo a Juan Maria,mientras le decía en un estupendo castellano:

—¡Mi pintor! ¡Oh que alegría volverlo a ver de nuevo!

—¡Qué placer tan inesperado, condesa!

—Para los grandes amigos, solo soy Ana Pía..

—Nos hemos casado; Carmen y yo estamos en nuestro viaje de bodas.

—¡Qué interesante!—se volvió para presentar a su acompañante Otro amigo, Alejandro Ebersberg; un apellido un poco enrevesado para nosotros. Está enamorado de España y aprendiendo con afán el idioma español,.

Observaba Juan Maria el aplomo de su mujer. Paracía encantada y sonreia amable al hombre que la impresionó desagradablemente con su palidez cadavérica.

—Estoy en Paris desde hace nos meses y perfecciono vuestro idioma recibiendo lecciones de un español madrileño. Pienso ir a España... Depende mi viaje, de que Alejadro lo hable tan bien como yo..

Se dirigia a Carmen:

—La vida se complace en hacernos daño cruelmente.. Por eso me he visto obligada a trabajar. . . Tengo abierta en Roma una casa de modas y visito Paris para orientarme. Paris sigue dando la páuta como siempre y no hay quien le quite la primacía.... París es delicioso ¿verdad, carísima? ¿Es la primera vez

vez que vienes a Paris.?

A Carmen le molestó el tuteo, pero contestó con naturalidad:

—Sí, es la primera vez...—y comenzó a contar sus impresiones.

Mientras hablaba, notaba la mirada fija, inquisitiva, del extranjero, sobre ella; le molestaba, y volvióse hacia él para interrogarle:

—¿Usted, es francés.?

—Soy austriaco, señora... —contestó en mal castellano.

Intervino la condesa:

—Alejandro viene por primera vez a Paris, carísima... Trabaja conmigo; es mi secretario. Ahora iremos a Madrid, antes de volver a Roma... En Madrid recogeré el cuadro. Eres un gran pintor... Si te unieras a nosotros, nos haríamos de oro... Tu mujer es preciosa...

Y Carmen sintió las miradas de los tres, recibiendo distintas sensaciones: la de su marido era de cariñosa admiración; la de la italiana, de experta; la del austriaco, la sintió resbalar por su cuerpo, sintiendo un escalofrío.

—Mañana tengo en casa reunion. Estáis invitados. Tu mujer vá a causar una gran sensación. No dejeis de ir — y de su bolso, sacó una perfumada cartulina — Aquí tienes mi dirección. Os espero a las seis de la tarde.... Sereis puntuales. Encontrarás a muchos conocidos. .

—Iremos, Ana Pía, será una reunión muy interesante...

—Muy interesante .. Irá Saboni, el escultor...

—¿Ha salido de Roma?

—A vuelto a su patria; él dice que su patria es Paris, aunque haya nacido en Florencia. Sigue triunfando. Tambien irá Jean Lemoine, ¿no la habeis visto.? Esta noche está aquí... Y el dibujante Morisot.. Una reunión deliciosal... ¡Oh, carísimo, cuánto me complace volverte a ver...

Más tarde, muy de madrugada, en el cuarto del hotel Carmen protestaba.

—Podias haber pretextado algo para no ir.

—Pero..

—¡Claro, que a tí te encatará la reunión, lo comprendo...!

—Me gustará asistir, no tengo por qué negarlo, pero al aceptar lo he hecho porque he creido que te agradaría...

—Sí, quizá me guste...—contestó con voz apagada, y después, quiso parecer despreocupada al decir;— Me duele mucho la cabeza... ¡Tanto sueño atrasado!... Me duermo.; no aguanto más. No me gusta el plan de mañana; prefiero cualquier otra cosa .. Que descanses Juan Maria....

—Buenas noches, Carmen. Bueno, decididamente, no iremos a la reunión.

—Estamos ya comprometidos...¿por qué no ir?...

Quiso dormir. Habia dicho que le dolia la cabeza. El sí durmió y por eso

no se dió cuenta que ella seguía despierta. Clareaba el nuevo día y aún no pudo descansar. Realmente le dolía la cabeza; danzaban en su mente con locura los nombres de Ana Pía y Alejandro. ¿Por qué? La italiana estuvo con ella muy cariñosa. Era lógico que a su marido le agradase ir a la reunión. Desde que llegaron a Paris, habian estado solos; nunca intentó él ponerse en contacto con sus amigos. Pero alguna vez tendría que haber ocurrido esto: encontrarse con conocidos y tener que aceptar su compañia; y ya su estancia en París no sería igual, no disfrutarían solos en aquella intimidad tan dulce, tan recogida, tan gustosa y apacible. No sería ya así. Ana Pía se había interpuesto, y Ana Pía era inquietante.. Así, la temía; como temía al austriaco. Era un temor recóndito, oculto, inefable. Le asustó su palidez de cadáver y sus ojos claros y fríos que la habia mirado recorriendo todo su cuerpo con mal disimulado deseo. Le repugnaba aquel hombre y le causaba pavor.

No podía dormir. Cuando las primeras claridades del nuevo dia entraban por las rendijas de las puertas, pudo Carmen empezar a sentir, cómo el sueño reparador iba entrando poco a poco en ella, tan sutil, tan inquieto, tan huidizo que no se atrevía a moverse, ni a respirar siquiera; habia que dejarlo llegar y entregarse completamente a él, para poder descansar y calmar aquel dolor de cabeza y ahuyentar las figuras y los nombres de aquellos que se interponían en su sosiego y felicidad. Después de dormir, todo variaría, Juan Maria, como cada mañana, preguntándole: «¿Soñaste conmigo?» Y después sus caricias le devolverían la alegría y el optimismo; entonces, el sol entraría pujante, arrollador, por los resquicios, por las hendiduras, curioseando los rincones, bañando la habitacion en claridades diáfanas y no en estos tonos lívidos de ahora. Dejó los ojos cerrados suavemente. El sueño se iba apoderando de ella muy poquito a poco.

El salón de la condesa Marani era como un museo de arte y riqueza. Solo en un marco tan refinado, podría desenvolverse la bellísima italiana.

—Ana Pía es exquisita...

La voz del austriaco era agradable. A Carmen no le disgustaba escuchar el chapurrado español que aquel hablaba. Ella no dominaba el idioma francés y no podía enterarse de las conversaciones que sostenían. La acompañaba Alejandro atendiéndola correctamente mientras Juan Maria charlaba co la condesa.

—A Ana Pía le gusta vivir con esplendor—continuaba—No podría desenvolverse sin lujo; por eso necesita tanto dinero... Por eso trabaja tanto.

—Es muy inteligente...

—Es una mujer importante.

—¿lrá pronto a España?

—Iremos pronto... Es su sueño dorado.. Pero depende de muchísimas co-

sas..

Quedó pensativo; en su frente se habian formado unas arrugas verticales. La voz de Jean Lemoine, llegó hasta ella. Estaba muy cerca, recostada con indolencia, cabalgando despreocupada una pierna sobre otra; hablaba a un pequeño grupo de admiradores. Carmen prestó atención; la artista hablaba pausadamente, pronunciando muy despacio las palabras:

— Es un pintor español, muy interesante; es un antiguo admirador de la condesa Marani...

Y otra vez, la voz agradable del austriaco, que la impedía seguir escuchando:

—Cuando vayamos a España, mi mayor placer será ver a usted de nuevo: —Y añadió después, no dándole importancia a la pregunta:--¿Su esposo se mezcla en política..?

—No. Supongo que no. Nunca hemos hablado de esas cosas.

—¿No le apasionan esos temas?

—Tal vez no.

—¿Y a usted?

—¿A mí?... A mí sí, en cuanto se refiere a mi religión y a España. No sé si usted me comprende.

—Creo que sí.— Y de nuevo, aparecieron en su frente las arrugas verticales.

Y ella pudo oir otra vez, que en el grupo seguian hablando de su marido.

—Un amor .. El caballero español se rendirá a la dama mas importante de Roma...

No pudo reprimirse y buscó con la mirada a Juan María. Lo vió conversando animadamente con la elegante italiana.¿Qué poder tenía esta mujer para cautivar a su marido? ¿De qué hablarian? Brillaban los ojos de él. Y el miedo y el temor de la noche pasada. se adueñó nuevamente de ella. Sintió impulsos de levantarse y preguntarles de qué hablaban, que secreto lazo los unía, cuales habian sido sus relaciones en Roma, que trofeo significaba aquel cuadro que se guardaba en Madrid tan cuidadosamente. Se contuvo, sin embargo; no podría obrar así; disimularía. Hacía calor; sentía arder su piel.La acerada mirada del austriaco, la sintió resbalar por su cuerpo. Le dió asco. Se iria de allí, aunque tuviera que usar de la violencia.

—Ana Pía es una mujer refinada—decía el austriaco, como si ya esa frase la hubiera dicho muchas veces, explicando la actitud de la italiana.

—Ana Pía es muy interesante—contestó Carmen con voz fria.

—Gusta de todo; quiere saborearlo todo—seguía él, machacón.

—Es exquisita; la admiro..—dijo silabeando las palabras y sonriendo es-

forzada—también la admira mi marido... ¡Oh, mi marido es un hombre muy inteligente!

—Sí, y de un delicado gusto...

¿Y a quien se refería entonces el delicado gusto de Juan Maria, a la italiana o a ella? A ella. Las miradas del austriaco se lo dijeron. Decididamente se marcharía; no era aquel un lugar adecuado, pese al ambiente elegante y artístico, para su permanencia.

—¡Carísima! Deseo que estés pasando una buena tarde... No te aburrirás al lado de Alejandro...

La tenía frente a ella, y observó sus movimientos gráciles y su desenvoltura elegante. La miró como a rival y la encontró peligrosa; era bellísima y encantadora.

—Estoy pasando una tarde deliciosa...

Ana Pía aceptó el cigarrillo que le ofrecía Alejandro.

—Perdona que Alejandro y yo hablemos de negocios. La vida es difícil y hay que luchar; de esto felizmente, no entiendes, Carmen: a tí te miman la fortuna y el amor...¡Oh, carísima, cómo le gustas a los hombres! Y más que tu belleza, admiran tu aire de esfinge, ¿verdad, Alejandro?

Volvieron a aparecer, interrogantes, las arruguitas sobre la frente del austriaco, mientras sus ojos se clavaban en las negras pupilas de la condesa Marani.

—¿Verdad que es así, carísimo?—apremiaba.

—¿Quieres decir que soy reservada, poco comunicativa?....

—¡Oh, quizá no lo sepas tú misma, pero es así y es tu mayor encanto. —Vamos a hablar de negocios Alejandro y yo... No, no te retires; nuestra conversación se reduce a esto: tienes que irte a Roma, Alejandro.

En la cara del austriaco se reflejó una profunda sorpresa.

Y Ana Pía sin reparar aparentamente en ello, continuó, mientras le miraba con fijeza. Su voz era dulce y delicada; su mirada, punzante y dura.

—Marcharás enseguida; hay algo que hacer allí... Y ya te avisaré cuando tengamos que ir a España.

Siguió hablando la italiana sin prestarle más atención

A Carmen no le pasó desapercibida la reacción de Alejandro, que, había apretado las mandíbulas con fuerza, haciendo prominente su frente. Una mirada de rabia brilló momentáneamente en sus claros ojos, y por un momento tambien, su semblante se coloreó, apareciendo rápidamente su habitual palidez mas intensa que nunca, produciendo en ella un gran temor.

Se llevó la condesa a Carmen para enseñarle unos cuadros, dejando solo al austriaco. La charla de Ana Pía, con voz dulce y apasionada, era incesante. Carmen se sentia dominada por ella. Hablaron de Roma. A Ana Pia le obse-

sionaba la guerra y consideraba el valor de las nuevas armas en una futura contienda.

—Y entretanto, mientras los hombres siguen inventando esos medios de defensa nosotras debemos alegrar sus vidas... Saborear lo bueno de la existencia, ¿verdad Carmen? Podemos morir de un momento a otro ¡quien sabe lo que el Destino nos reserva! La Muerte nos tomará apurando los placeres, de otra forma, la vida no merece vivirla.

Y siguió hablando: el placer, el lujo, la belleza.

—¿No lo piensas, Carmen? Llega el fin para todos. Yo he visto en Italia horrores; han llovido las bombas y han destrozado infinidad de seres humanos. Yo huía siempre; esos espectáculos de sangre, de escombros y de miembros deshechos, eran superiores a mi sensibilidad; pero el dia que forzosamente tuve que ver uno, medité lo que te acabo de decir. Allí estaban mujerucas pobres, desaliñadas, horriblemente vestidas con toscos trajes, con el rostro plasmado de angustia y de hanbre, ¿qué habian sacado de la vida? ¿ Y aquellas, otras, de hábitos religiosos, disciplinadas y agotadas por tantos estériles sacrificios? Hay que vivir, y vivir bien, con refinamientos, con lujos; hay que disfrutar de todos los placeres, hasta llegar al sibaritismo. Así la ven a una, admirada, envidiada, condiciada... Piensa en eso, Carmen... Una vida mediocre es peor que una vida pobre...

Callaba Carmen. Tenia entre sus manos la pitillera de Ana Pía, a la que daba inconsciente vueltas; la oía sin verla. A su mente habian acudido muchos pensamientos. Mientras la otra hablaba, ella creía ver los escombros, la sangre y los miembros mutilados, y vagando, como flotando sobre ellos las abnegadas enfermeras, en aquella sublime misión de la mujer. Y veía un altar y una lucesita alumbrando a la LUZ y a la VIDA; y arrodilladas a las santas, a las sublimes mujeres de tosco hábitos pidiendo misericordia. Y creía ver a su madre, en el rincón íntimo de la sala de estar, apretando su rosario y diciendo escandalizada: «Eso no se puede escuchar, eso es monstruoso ..»

—Y te hablo así,—continuaba la italiana— porque eres una mujer inteligente, porque eres capaz de comprender todo lo que te he dicho. . , Claro que en España...

No supo continuar la frase.

—Bueno, en España, las cosas parecen de otra forma. Son conceptos distintos... Juan Maria tiene un gran porvenir, pero depende de tí, Carmen, la gloria de ese gran artista... Aquí viene el señor Gallois; es un hombre encantador Tambien le gustas a este... ¡oh, carísima, si quisieras explotar tu enorme poder. .!

«Y esto es lo que me espera! —se decia Carmen cuando volvió al hotel después de la reunión —¡Y era este el amor que yo soñaba! ¡Pobre de mí! Ha bas-

tado la presencia de esa mujer; para que Juan Maria enloquezca! Se rendirá a ella y quedaré sola y abandonada... ¿Qué se yo de la vida de él, si no lo que ha querido contarme? ¡Dios mio, que amargura tan grande! Y qué pobre criatura soy que acudo a Tí solo en las desdichas..! He sido cobarde con la Marani; he debido rebatirle sus teorías, y he callado a todo, y he permanecido en su casa... ¿Tendrá esas mismas ideas Juan Maria? ¿Sé yo como piensa acaso?... Pero ellos se gusta, ellos se comprenden... ¿Y qué he de hacer yo si nó sufrir y disimular?...»

—¿Todavía estás sin arreglar, Carmen?

Juan Maria estaba delante de ella, vestido ya para la cena. Ella continuaba sentada, con marcadas muestras de cansancio.

—¿Te encuentras mal?

—Muy cansada.

—¿Quieres que nos sirvan aquí la cena?

—No...

– ¿Entonces...?

—Ahora me arreglaré...

—Hemos pasado una buena tarde en casa de Ana Pía, ¿verdad, Carmen?

—Sí; lo hemos pasado muy bien....

—¿Ves como no es peligrosa? A nosotros no nos puede perjudicar y su trato dá buen tono, porque es la dama de actualidad.... A mí me parece, que el austriaco es para ella algo más que secretario, ¿no lo has observado tú?

—No me he dado cuenta...

La voz de Carmen iba adquiriendo entonaciones duras, que él, no llegaba a notar distraido mientras con una revista francesa.

—¿De qué hablabas con ella, Juan María?—siguió preguntando.

—Debes suponerlo, de pintura; Ana Pia es muy entendida en esto, como en muchas otras cosas... ¿Y contigo, de qué habló, qué te dijo?... Observé que hablábais mucho, muy animadas...

—Hablaba ella; yo no.

—Te hablaría de trapos, claro...

—No; me estuvo hablando de ideas, de sus ideas...

Juan Maria rió fuertemente.

—¿Por qué te ríes? ¿ Las conoces tú?

—No— y seguia riendo— no las conozco, pero no concibo a la Marani hablando de cosas serias; empezarías tú, y ella como es tan amable, te siguió la corriente .. ¡tiene gracia!.. ¿Y qué te decía de sus ideas?

—Sus idea no son como las mias; la italiana es muy distinta a mí—dijo sa-

liendo de la habitación.

—Muy distinta, naturalmente! — decía él.

Desde la habitación contigua, contestó ella:— ¡Y gracias a Dios que es así!..

Luego callaron, hasta que pasado un rato, Juan Maria preguntó:

—Oye, Carmen, no me acordé de preguntarte antes, ¿qué te dice tu madre en la carta que hemos recibido hoy? ¿Sigue buena?

—Dice que está bien... —la voz de Carmen sonaba amortiguada, a través del tabique que los separaba -Y dice además, que le contestemos a Puerto Real, pues el mismo dia que escribió la carta, salía para el pueblo.

—¿Vá sola?

—La acompaña Pilar, pero luego como siempre irá la prima Mercedes que como sabes tiene el novio en Cádiz...

—¿Cuándo se casan?

—Supongo que este verano ¿Y Carlos, cuándo?

—Uno de estos dias; cualquiera de estos le veremos aparecer por aquí y se reunirá con nosotros.

—Van a ser muy felices....

—Como nosotros, ¿verdad, Carmen?

Ella no contestó. Juan Maria la sintió abrir el grifo del lavabo, sonar el chorro del agua al caer y deshacerse en el mármol; de nuevo la sintió andar y volver al cuarto donde él estaba.

—¡Carmen!.. —exclamó entusiasmado— ¡Qué bonita eres! ¡Qué hermosa!...

No correspondió a las caricias de su esposo y se limitó a decirle:

—¿Estás orgulloso de mí?

—Estoy loco por tí

Una débil sonrisa, que Juan María no llegó a notar, una débil y triste sonrisa de incredulidad, ensombreció su rostro.

—No tengo ganas de ir a la fiesta... No me gusta volver al sitio de anoche...

—Estamos ya comprometidos... Ana Pía nos espera allí....

.....

Ocuparon el mismo sitio estratégico de la noche anterior. Juan María demostraba su contento. Carmen notó que su marido deseaba encontrarse con su antiguas amistades porque no las rehuía como hasta entonces; antes, solo disfrutaba con su compañia y ahora buscaba otras El firme propósito de no darse por enterada y de disimular su pena, Vacilaba. ¿Debía obrar así? ¿No era su deber impedir la desunión entre ellos? Era su deber, pero su orgullo le impedía cumplirlo. Debía salir de allí, y salir de Paris tambien, lejos, muy lejos de aquella mujer que se interponía entre ellos. Tal vez una explicación con Juan María lo resolvería todo; él disfrutaba de la fiesta y se distraía. A él, le complacía todo aquello; él, que solo se habia encaprichado de su cuerpo, ignoraba su

alma y no la comprendía.

—Oye, Juan María, decías que te parece que el austriaco es algo más que secretario para la Marani...

—Sí, eso me ha parecido.

— Y siendo así— continuó ella con la voz un poco trémula— ¿cómo deseas que cultivemos la amistad de esa mujer?

—¿Pero no comprendes?—y el gesto de sorpresa fué muy grande -Guardar las apariencias. Para todo el mundo es su secretario.

—Como tú han podido observarlo más personas....

—Pero todos hacemos igual.

—Los que hacen eso de no darse por enterados, son gentes como ellos, gentes sin moralidad...

—¡Bah, Carmen, no te atormentes!.. Eso no tiene importancia .. Y además, nosotros nos iremos de aquí, y no los volveremos a ver.

—¿Olvidas que Ana Pía irá a Madrid?

—Te repito que no te crees conflictos.

—No puedo ocultarte, que, no me gusta alternar con esa mujer.

—¡Vamos, Carmen! ¡Cualquiera diría que tienes celos de ella!...

¿Celos? ¿Y lo decía él?... Había que estrujarse el corazón y no dejar, sentir sus torturas.

—Por favor, Juan María, ten de mí otro concepto más digno.. Los celos serían infundados, impropios de mí...

—¡Boba!. . ¿Tú sabes cuánto te quiero?

—¡Oh, Juan María! Deseo salir de aquí, quiero irme. Y quiero irme de París. Me parece que nos amenaza un grave peligro y quiero evitarlo. Esa mujer y ese hombre me infunden pavor. Presiento desgracias junto a ellos; dame gusto, Juan María, demuéstrame tu amor de esa forma. La felicidad se aleja de nosotros; algo nos vá a separar... —y añadió en voz baja, con enorme amargura: —Ya no podemos irnos de aquí, porque Ana Pía acaba de entrar en la sala.. ya nos ha visto. ; sonríele tú también..; prométeme que nos iremos enseguida de París..

—Nos iremos...

—Y dime antes de que ella llegue, que me quieres a mí solamente; dímelo; dime que me quieres; dilo; dilo, que llega...

—¡Te quiero, te quiero!...

—Buenas noches, carísimos... ¡Oh, feliz pareja, en pleno idilio!

La italiana venía acompañada de un hombre a quien no conocían.

Se habían sentado todos. Carmen hacía esfuerzos por estar a tono. Luego se unió a ellos la artista de cine que conocieran en el salón de la condesa. Se animó la reunión. Fue Jean quien preguntó por Alejandro Ebersberg.

—Ha tenido que salir precipitadamente para Roma... Le dí la orden esta tarde. Mi secretario es muy activo; gracias a él, trabajo yo con tanto éxito...

Cuando Carmen pudo bailar con su marido, le pareció que todo había cambiado; sentía la mano de él sobre su grácil cintura y veía sus ojos muy cerca de los suyos.

—No podré vivir sin tenerte cerca, Juan Maria...

Y la mano varonil, respondió, haciendo más fuerte y más cariñosa la presión de su cintura.

—¿Te das cuenta, Juan Maria, de que estoy enamorada de tí? Y de que te quiero más que tú a mí. Hay algo de maternal en mi amor.

Y al notar más acentuada la presión de sus manos, prosiguió:

—Sí, es verdad: algo maternal, porque te quiero aunque tú no me quisieras; y te seguiré queriendo aunque llegaras a despreciarme.., aunque me abandonaras por otra...

—No pienses esas cosas, Carmen...

El rostro de ella reflejaba su emoción intensa, que perdió al terminar de bailar y volver a unirse con la italiana y sus acompañantes.

Ya no volvió a disfrutar aquella noche. A Juan Maria lo entretenía la condesa con su charla incesante en francés, y tan deprisa hablaba, que a Carmen le costaba gran trabajo entenderla. Sentíase cansada. Le agradaba que Juan Maria la mirava cariñosamente, pero no la abandonaba la angustia de no verse atendida solícitamente por él; se sabía desplazada, aunque de vez en cuando interviniese en la conversación. A su lado, Jean Lemoine hablaba con su voz lenta y su buena pronunciación al señor Gallosis; ella apenas les prestaba atención; toda ella, entera, estaba pendiente de lo que decian su marido y la otra, pareciéndole que de un momento a otro se dirian algo que amargara su vida para siempre; los ojos de él, miraban con admiración a la condesa Marani; era más bonita y más hermosa que Jean Lemoine, aunque esta le aventajara en en juventud. Ana Pía estaba llena de atractivo y era en extremo sugestiva... Y Juan Maria amaba la belleza....

¿Era Ana Pía más hermosa que ella misma? No sabia contestarse. ¿Cuál sería la opinión de él?

En aquél momento reía la italiana; era una risa armoníosa y suavemente cantarina. Le gustaba escucharla; todo en aquella mujer era atrayente; reconocíalo a su pesar

—Oh, carísima, que suerte tienes! Tu marido es encantador...

La sonrisa de Carmen quiso ser amable.

Ana Pía pasaba una mano por su garganta en un movimiento caricioso e insinuate y luego la dejó abierta en un gesto de estudiado abandono. Carmen habia seguido estos movimientos y cerró los ojos con terror: las uñas de Ana

Pía tenian un fuerte brillante color escarlata, que a ella le parecieron cinco goterones de sangre.

—Vamos a bailar, pintor...

Se le ensanchó el corazón al recibir la mirada de él con una muda disculpa

La madrugada estaba muy avanzada. La animación era grande. Cerca de ellos estaba una rubia sola; Carmen sabia que esperaba a un bailarín que la tenía enamorada; algunas noches no acudía a verla y entonces ella bebía sin descanso. Ahora los ojos de la rubia tenian reflejos de tristeza. Le vino el recuerdo del austriáco; ya iría camino de Roma; ¿cómo haría el viaje? ¿qué combinación hizo para salir tan pronto de París? Le satisfacía saberlo ausente; su palidez cadavérica y sus miradas de acero le infundían un temor que no supo explicarse... El bailarín que esperaba la señora rubia se tardaba y ella habia comenzado a beber; le dió una lástima enorme y pensó en la vida desgraciada que tenía... ¿en qúé se ocuparía? ¿que concepto tendría la desdichada del mundo?.. Y fué sin duda una niña feliz con caricias y besos maternales; que jugó y tuvo sueños de hadas y muñecas; y habría creido y habría rezado... ¿qué pensaría aquella mujer de sí misma?

Habia vuelto Ana Pía y su marido. Jean y su pareja salieron a bailar La italiana hablaba de su viaje a Madrid; deseaba conocer España y se interesaba por las costumbres españolas.

—Quiero ver una corrido de toros... Iré a Sevilla, a Granada ..

Cerca de ellos sonó un golpe; algo que habia caido al suelo pesadamente. Carmen vió a la rubia en el suelo; era un lamentable espéctaculo ver la pierna fina y bonita un poco levantada del suelo enganchada en la silla ..

—Me siento mal, Juan Maria...

—¿Qué te pasa? ¿Te ha impresionado esa...?

—Hace un rato que no me encuentro bien ..

—Oh, carísima esto no tiene importancia.

—Quiero irme, Juan Maria

Ana Pía quiso acompañarlos sin atender las protestas de Carmen que repetía habia de estar bien en cuanto descansase.

.....

Carmen se acostó. Tenia los ojos cerrados. Le molestaba la presencia de la italiana; le atormentaba sobre todo tener que agradecerle su cariñosa solicitud.

—¿Te sientes mejor?

—Sí.

Deseaba verse sola con él para decirle todo lo que teniá que callar delante de aquella mujer. Ellos hablaban en voz baja.

—No te preocupes; lo de tu mujer no es nada; solo cansancio; el sueño

reparará sus fuerzas y mañana a proseguir el idilio...

Reía suavemente. Juan María estaba callado. De buena gana abriría los ojos para sorprenderlo mirando con arrobo a la italiana. Esta seguía, con su voz de miel, insinuante:

—Y tal vez lo que le pasa sea algo natural... ¿Pero no te parece demasiado pronto?

Carmen sentía enrojecer su cara.

—¿Te duermes?— preguntó él.

—Sí, me estoy durmiendo... Perdona Ana Pía..

—Lo celebro.. Mañana estarás bien. Vendré a recogerte para visitar a los modistos. Vas a penetras en los secretos de la Moda... Ahora me voy a casa... Adiós carísima..

—Te acompaño.

—No dejes sola a tu mujer.

—Mi mujer está bien, ¿verda, Carmen?

Ella apenas contestó con un gesto,

—Bueno, acepto tu compañia..; hasta mañana

—Hasta luego, vuelvo enseguida, Carmen...

No contestó Carmen, no podía contestar, porque solo sintió deseos de gritar: «¡No te vayas Juan María, déjala, que se vaya sola...!» Y no podía decirlo; por eso, afluyeron las lágrimas a sus ojos, amargas y salobres.

En el apasento flotaba el perfume de la condesa Marani. Todo en ella era delicado y exquisito. A despecho suyo admiraba su belleza y veía natural, que Juan María estuviese prendado de la italiana... ¿Y por qué nó silo estuvo siempre? Se notaba. Ya lo observó Jean Lemoine, aquella tarde, cuando dijo: —«Parece un antiguo admirador de la condesa...

Se figuraba a Juan María en Roma. Se lo figuró en un salón parecido el ático de Madrid; también prepararía flores, muchas flores y esperaría anhelante la hora de la llegada de ella; y se inquietaría visiblemente cuando se retardase Y llegaría ella elegantísima, con este mismo perfume qne flota alrededor del lecho; llegaría guapísima, diciéndole: «¡Oh, carísimo, temí no poder venir». Siempre manteniéndole en la incertidumbre, sin entregarse totalmente...

Era horrible. Ahora continuaba su labor con más ahinco, con vehemencia apremiante, porque tenía otro incentivo, el estar casado y en plena luna de miel. ¡Luna de miel!...

Se lo llevó esta noche. Los separaba. Fueron falsas sus palabras cuando intento rehusar la compañia hasta su casa; ella solo vino, en una ficticia caridad, para llevárselo después, eliminando su presencia. Y Carmen comenzó a llorar. «Cuando vuelva —pensaba— le hablaré claro. No puedo consentir esto... ¡pobre de mí!, en cuanto me mira, se desvanecen mis penas; en cuanto me aca-

ricia, me siento la mujer más feliz del mundo.. ¡Señor ayúdame!

Intentó rezar. Movió sus labios para decir una oración que no llegó a pronunciar.

—Tarda... Tarda en volver.. Ya debería estar de vuelta... Lo está reteniendo ella....

Sentóse en la cama. Le ardía la frente. La sospecha roía su corazón. La voz dulce y susurrante de la bella penetraba en sus oidos. ¿Qué le diría a Juan Maria? ¿Qué palabras emplearía para acabarlo de rendir? La voz de miel lastimaba sus oidos: «¡Mi pintor! ¡Mi pintor!..»

—¡Señor, —suplicó— soy una pobre mujer! ¡Ayúdame!...

Volvió a tenderse en el lecho y cerró de nuevo los ojos. Parecía invadirle piadosa inconsciencia ¿Cuánto tiempo estuvo así? Y volvian a atormentarle las visiones y a oir la voz de la italiana.

Luego los pasos de Juan Maria. La puerta fué abierta y él entró.

—¿Cómo te encuentras, pobrecita mia?.. Estaba impaciente por volver...

No podia resistirse a sus caricias— «Aunque no me quiera, aunque ella le guste más. aunque todo sea falso ¡qué felicidad sentirse acariciada por él!

—¿Por qué has tardado tanto?

—Me entretuvo Ana Pía.

—¿Nos iremos de Paris enseguida?

—Mañana mismo si tú quieres...

—Sí, mañana nos vamos.

—¿Pero podremos viajar estando tú mala?

—¡Ay, Juan Maria, fuera de París me pondré buena.. —reclinó la cabeza en el pecho de él. El corazón de Juan Maria latía con fuerza,— ¿Qué te pasa? Te salta el corazón aqui dentro...

—Estoy preocupado por tí... Temo que realmente estés enferma... Me tranquilizaría si te viera un médico...

—No hace falta... Cuando salgamos de Paris me pondré buena.

—Entonces— contestó él resueltamente —nos iremos a primera hora al cualquier sitio...

.....

—¿Estas ya dispuesta, Carmen?

—Sí, estoy cerrando el maletín; ea, ya está... ¡ay Juan Maria, qué alegría, irnos de aquí...

Daba vueltas por la habitación. Miraba a la calle. Volvía a andar de un ado para otro.

—¿Sabes, Juan Maria?, me cuesta trabajo abandonar esto ¡he sido aquí tan dichosa!

Llamaban en la puerta.

—Vienen a recoger el equipaje..

Abrió. Dos señores correctamente uniformados pidieron permiso para entrar. En el pasillo, asombrados, astibaban los criados.

—¿Qué desean, señores?

—¿El señor Lagoa, pintor español?..

—¿Qué desea la policía francesa de mí?

—¡La policía! —exclamó Carmen con espanto.

—Ha sido asesinada la condesa Marani.

—¿Asesinada..,? —preguntó Juan María con estupor.

—Traemos la orden para que usted nos acompañe.

—¿Y qué tengo yo que ver con la muerte de la condesa Marani?

Carmen había caido desplomada sobre un sillón.

—¡Carmen, no te apures! Esto solo es un pequeño contratiempo. Acompañaré a la policía y volveré enseguida.. Ánimo; sé fuerte.

Pudo ella decir con amargura:

—¡Era nefasta!.. Presentía yo una desgracia... Vete tranquilo... Tendré ánimos, ¡Dios me dará fuerzas! Pero, ¿qué te ocurrirá?

—¿Qué me vá a ocurrir? Todo se aclarará enseguida.

A ella le corrían las lágrimas; él la abrazaba convulso y excitado.

—Nada temas... —y volviéndose a los policías dijo: —Supongo que mi esposa no será molestada en absoluto... Estoy a su disposición, señores...

Quedó la triste, sola, presa de un terror infinito. ¿Qué ocurriría?. ¿Por qué habian de detener a su marido? ¿Qué tenia él que ver si habian asesinado a la italiana? ¡Asesinada! Y la palabra tomó carácteres en su pensamiento. Habia sido asesinada... ¡Dios mío, y estará dándote cuenta de su vida!» Habíala sorprendido la muerte en plena juventud, cuando saboreaba todos los placeres de la tierra. ¡Pobre Ana Pia! le habia llegado el fín sin esperarlo, sin darle tiempo a pensar en el más allá, sin saber que la Muerte es lo más importante porque de ella depende una eternidad; le había llegado disfrutando de una vida licenciosa... «¡Ten misericordia de ella, Señor, y perdóname a mí que tuve ocasión de hablarle de estas cosas y fuí cobarde!»...

Esperaba que Juan María entrara de un momento a otro, cuando la visita de unos señores la llenaron de sobresalto. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué le hacian esas preguntas? Era una declaración, que no daría luz alguna sobre el asunto ya que ella apenas conocía a la italiana y a sus amistades. Pero la policía en todos los paises es igual: preguntaron los menores detalles. Carmen dijo cuanto sabía, que era bien poco. Ellos fueron muy correctos; le preguntaron amablemente. ¿De cuando conocía a la condesa Marani? ¿Desde cuando la conocía su marido? ¿Quienés habian sido los invitados la tarde de la reunión en la casa de la condesa? ¿Qué habló su marido? ¿Qué habló ella?.

—¿Cuándo vió usted a la condesa Marani la última vez?

Fué esta pregunta una tortura qne le recordaba la presencia en su cuarto, de aquella mujer cuchicheando con su marido. Cerró los ojos y le pareció de nuevo escuchar la voz de miel:—«Tal vez lo que le pase, sea algo muy natural...»—Y le parecía que aspiraba otra vez su perfume, como si el espíritu de la italiana, flotara por allí para atormentarla. La voz del policía la volvió a la realidad, al formular de nuevo la misma pregunta Y la contestó ella, lanzando a la vez un profundo suspiro:

—Anoche, aquí, en este cuarto...

—¿Vino a visitarla?

—No; vino a aconpañarme... me sentí un poco mala y regresé... Estuvo aquí un rato y cuando mejoré, se marchó.

—¿Sola...?

—La acompañó mi marido; era ya muy tarde...

—¿Recuerda exactamente la hora?

—No, no la recuerdo—y se pasaba la mano por la frente sudorosa; estaba mareada·

—Haga memoria, señora.,.

—Aproximadamente..., quizá serían las tres de la madrugada.

—¿Y recuerda a que hora volvió su esposo?

Intentó recordar. No se acordaba de nada. Perdió la noción del tiempo. Estaba cansadísima. Cuando los guardias se despidieron, aún no había vuelto Juan María. ¡Sería horrible que no le dejarán volver esta noche al hotel!

Pidió prensa; quería enterarse de los detalles del suceso. La muerte de Ana Pía, era algo sensacional en París. Aparecía en los periódicos con grandes caracteres los epígrafes que daban la noticia. Ana Pía era una mujer importante. Empezó a leer.

La condesa Marani regresó a su casa entre las tres y media y las cuatro de la madrugada, acompañada del pintor español Juan Maria Lagoa, con el que le unía una estrecha y antigna amistad. según declaración de la doncella de la condesa, de igual nacionalidad que su señora. El pintor estuvo un rato hablando en el cuarto de la condesa. Cuando salió, la doncella cerró la puerta y se retiró a descansar, porque la señora nunca utilizaba sus servicios a aquellas horas. Al día siguiente fué a despertarla a la hora de costumbre, y la encontró muerta, tendida en el suelo en un gran charco de sangre. La muerte había sido producida por un arma de fuego, pero esta no había sido encontrada. Todo ocurrió alrededor de las cuatro de la madrugada, según el dictámen del forense.

¿Era inocente Juan María? ¿Lo dudaba ella? Hacía titánicos esfuerzos para no dudarlo, pero le asaltaban las sospechas, haciéndole el corazón

pedazos. ¿Qué relaciones habian tenido Ana Pía y él? ¿Qué conversaron la tarde anterior? El dijo que hablaron de Arte, ¡quién sabe!., Lo terriblemente cierto, era que él la acompañó a su casa, que estuvo en su cuarto, que volvió muy alterado, muy excitado y que el corazón le latía violentamente...

Pero no. El se había marchado con la policía asegurando que volvía enseguida; parecía tranquilo, y sobre todo, se sorprendió de la muerte de la condesa... Si realmente era inocente, ¿no le ofendía ella con ruínes sospechas?

«¡Señor, ayúdame!...»

. . . . . .

Estaba llena de perplejidades. Pasaba el día con horas lentas y angustiosas. Atenta a todos los ruidos, sentía abrir y cerrar las puertas del corredor. De vez en cuando el taconeo de una mujer que andaba muy deprisa. El zumbido del ascensor. Más pasos... Y esperaba anhelante ver entrar a Juan María.

En el corredor, un reloj daba campanudo las horas. Por fín unos pasos ligeros y largos.

—¡Juan María! ¡Gracias a Dios!...

Se había levantado y reposaba en el pecho de él, llorando copiosamente.

—¡No llores! ¿Ves como he vuelto? ¡No llores!...

La sentó junto a él para explicarle:

—Ahora no nos podremos marchar de París hasta que se resuelva todo... Pero nos iremos enseguida, tranquilízate... Te confiezo que yo también he pasado un mal rato, porque siempre es molesto andar en asuntos judiciales..; pero ya pasó todo y lo que deseo es verte tranquila, sin temores.. No hay por que tenerlos... Se sabrá enseguida quien ha sido el asesino... A nosotros no nos molestarán y podremos salir y pasear.. Ya se aclarará todo.

La cara pálida y triste de Carmen, estaba sostenida por las manos de Juan María, que la miraba embelesado y que le dijo:

—¿Qué flor me recuerda tu cara? Eres una maravilla... ¡Quien supiera cantar tu belleza!... ¿Te he dicho que me recuerdas una flor? ¿Qué flor se parece a tí?... ¡Ay, mi Carmen, que bonita eres!

En el corredor, las pisadas, suaves unas, fuertes otras, se sucedían sin descanso; el ruido del ascensor continuaba; el reloj seguía lanzando campanudo sus sonidos. Y en la calle, los mil ruidos diferentes, en gran algarabía.

Dentro de la habitación, sentados en el diván, mirándose a los ojos, uno en brazos del otro, Carmen y Juan María estaban solos Solos completamente. Ni siquiera los ruidos del corredor, ni los de la calle, llegaban a ellos; solo un rumor oían; el rumor de sus besos y el latir de sus corazones, con movimientos de florecíllas mecidas por el viento suave.

Como dos florecillas eran ellos también, pero abatidas fuertemente por

un viento tormentoso.

—¡Tengo miedo, Juan María!

....

Habian salido a la calle y llevaban un rato paseando. Lo hacían en silencio, como si felices, no tuvieran nada que decirse, si nó las naderías propias de enamorados. Parecía que nada los atormentaba. Que ningún recuerdo les turbaba aquella tarde de paz. Ni siquíera el de Ana Pía. No querían pensar. Sólo se miraban. Mirar y sonreir. Sonreir y besarse con los ojos, que ellos solos, entretejían un breve y dulce diálogo sin palabras.

Cuando el diálogo acababa, cuando por un momento dejaban de sonreir, cuando los ojos se volvian a mirar a su alrededor, asomaban a ellos oscuras sombras. Sombras amenazantes, sombras de tortura, de inquietud, Sólo desaparecían, al volverse a mirar. Entonces sonreían y volvian los besos a danzar de unas pupilas a otras.

Tendrían que ahuyentar aquellas sombras. Así lo pensaban los dos porque se adivinaban mútuamente.

Entretanto, este pasear por las calles de París, en la tarde rosada del día primaveral, era como un sedante para sus nervios.

—¿Quieres merendar, Carmen?

Aceptó y entraron en un café pequeño y recogido.

—Te agrada este sitio?

—Sí, lo prefiero a los grandes ruidosos y llenos de gente.

Continuaba el lenguaje inefable de los ojos. Y luego:

—¿Nos iremos pronto, Juan María?...

—Enseguida, mujer...

Quedó ella un rato pensativa y como ausente, y dijo al fín:

—Soñaba yo con un viaje de bodas, en el que la ilusión y la fantasía lo eran todo. Recorrer contigo las ciudades por donde tu pasaste. Mi fantasía ahogaba todos los contratiempos que pudieran surgir.. Era dichosa forjándome la ilusión del viaje... Gozar contigo: amarnos... Sólo esto es lo cierto: que te quiero, que nos queremos, que nuestros corazones arden. ; pero lo demás... Lo demás se desvaneció. Salir de París es ahora mi única ilusión. Esta ciudad me atormenta; estos edificios de altura desigual, me desconciertan cuando miro al cielo. Deseo ver el cielo sin ángulos y sin aristas que lo limiten... ¡Llévame con mi madre a Puerto Real! .. —suplicó al final.

—¿No quieres que vayamos a Italia?

—No. Llévame con mi madre; estoy llena de miedo.

—Esto pasará, mujer, y entonces pensarás de otra forma... Volverás a ilusionarte..

Callaron otra vez, Y las sombras aparecieron nuevamente en sus ojos. Y aparecian audaces y atrevidas, sin esperar a que ellos dejaran de mirarse. Las sonrisas no afloraron a los labios, que se plegaron reciamente para aprisionar las palabras. Se tornaron de nuevo tristes y preocupados, sin disimular sus temores y sus disgustos. Solo las palabras querian ser triviales, indiferentes, sin importancia. Pero las sombras ponian una nota de alarma y parecian decir: «¿Cuándo vais a hablar? Hasta entonces no nos iremos. ¡Hablad!»

Y seguian las trivialidades, en juegos de palabras pronunciadas con acento indiferente.

....

Estaba Carmen acostada; Juan Maria, sentado al lado de la cama, se disponía a leer los periódicos de la noche.

—¿Qué te pasa, Juan Maria?— se habia incorporado en la cama, porque notó que él se alteraba mientras leía— ¿Qué dice el periódico?

— Nada nuevo—quiso él disimular— lo mismo que esta mañana.

—No. A ver, dame el periódico...

—Ahora te lo daré... Sigue acostada y yo leeré en voz alta.

Pero ya estaba ella leyendo los epígrafes que relataban la muerte de la condesa Marani: «LA ESPOSA DEL PINTOR LAGOA HACE IMPORTANTES DECLARACIONES.»

—¿Importantes?... A ver, déjame leer eso.

Leyeron ambos. Insistía el periódico en los detalles que ella apuntó: la hora de salida de Ana Pía y del pintor, del hotel. El retorno de Juan Maria a una hora imprecisa...

Se miraron los dos; una inquietud, un temor, se plasmaron en sus rostros. Se abrazó ella convulsamente y le dijo sollozando:

—¡Cuánto daño te he hecho con mis estúpidas declaraciones!..

—No te preocupes, tontina —intentaba calmarla— No me hace ningún daño aunque lo parezca, porque soy completamente inocente y se sabrá la verdad...

—Cuéntamelo todo ¡por favor, Juan Maria! ¡Quiero saberlo por tí mismo..!

—Solo deseo, Carmen —dijo, solemne— que creas completamente en mi inocencia

—Lo creo— contestó cerrando los ojos

—Aunque todo me culpe, aunque todo me condene...

—Creo en tu inocencia, Juan Maria —y añadió cruzando las manos con gesto desesperado— Es que quiero creer, Juan Maria .. Perdóname. ¿Comprendes? ¿Te das cuenta del estado de mi ánimo? Yo siempre soy leal...

—Conprendo, Carmen— y Juan Maria abatió la cabeza apesadumbrado— y eso es lo que tenía: que dudaras.

—Deseo creer, bien mio, deseo creer, ¿pero cómo voy a negarte, que a veces vacilo? ¿Que sé yo de tus relaciones con esa mujer, si no lo que tú me has dicho?

—Te dije la verdad.

—Creo que dijiste la verdad... Pero ¿qué sé yo de lo ocurrido esa noche en casa de Ana Pía?

—Tampoco lo sé yo...

—Pero cuéntame lo que sepas, Juan María... Dímelo todo... Yo te ayudaré.. Yo te quiero y aunque tú fueras...

—¡Carmen!

—...y aunque tu fueras, sí, aunque lo fueras, te seguiré queriendo. ¡Cuéntamelo todo!...

Habian bajado la voz poco a poco. Hubo una pausa corta que a Carmen le pareció interminable. Volvió a tenderse y a cerrar los ojos.

—Cuéntame desde el principio... Yo estaba como ahora, acostada y con los ojos cerrados; tú, aquí a mi lado, y ella, ahí, junto a tí. Adivinaba sus miradas provocativas; ella quería conseguir algo de tí ¿qué era? ¿amor? ¿capricho? ¿Quieres contestarme a esto, Juan María?

—Un capricho: lo adivinaste; empleaba todos sus medios de seducción.

—Y a ti te gustaba, no intentes negarlo. Eso no lo tuve que adivinar: lo vi... ¿Verdad que te gustaba? No te importe decírmelo: estamos en la hora de la verdad.

—Yo solo te quiero a ti, Carmen:..

—Lo sé. ¿Pero te gustaba ella?

—Nunca pasó por mi hacerte un agravio semejante...

—También lo sé. Pero contesta a mi pregunta.

—Me gustaba. Ya te he contestado—dijo en un supremo esfuerzo.

Ella le apretó las manos apasionadamente, mientra le decia— :Gracias, gracias. Ahora creeré todo lo que me digas, por muy absurdo que parezca ¡Gracias, Juan María!

—Pero me gustó—prosiguió él—como nos puede gustar cualquier mujer hermosa; como se admira la belleza dondequiera que se encuentre...
Cuando la conoci en Roma, apenas se fijó en mi porque era ambiciosa... Ahora al encontrarme en París, ha empleado todas sus artes, por amor propio, porque vió en tí a una rival a la que no podría superar jamás... Creo que fué por tí más que por mí...

—No te detengas, sigue hablando.

—Te dejamos aquí y nos llevó un coche hasta su casa. La madrugada estaba un poco fresca. Se arrebujó en su capa y se acercó a mí: —Tengo frío, pintor.— me dijo; pero; sus manos estaban calientes y secas; senti en las mias

clavarse sus uñas largas y duras; me acordé de ti: tus uñas me cosquillean; las de ella parecian que iban a herir. Llegamos a su casa. Nos abrió la doncella...

—¿La que declaró?

—Si. La que vimos la otra tarde. Es italiana. Tiene el pelo muy negro y los ojos muy claros; me he fijado en ella, porque es un tipo muy interesante; se lo hice notar a Ana Pía aquella tarde. —«Es muy interesante; tiene una mirada penetrante y parece estar siempre al acecho de algo.»—Le molestó a Ana Pia que le hablase de ella...

Hizo una pausa.

—Entramos en la casa. Insistia Ana Pia para que entrara en el saloncito. Nos quedamos en el vestibulo. No pasé a su cuarto, como dicen los periódicos; se empeñó tanto, que tuve que sentarme en el diván, junto a ella...

—Sigue.

—Me habló de unas cosas muy raras... hablaba seriamente de la vida, del más allá, del amor; decía cosas absurdas y yo la escuchaba extrañado. Después reclino la cabeza sobre mi hombro y suspiró hondamente. La miré desconcertado .. me acordé de tí y quise levantarme... Me retuvo... Me retuvo para decirme (me martillean en la cabeza sus palabras, me parece que las estoy oyendo otra vez)—«Me esperarás en Madrid. Necesito un hombre como tú; me esperarás en Madrid.» Me levanté. La dejé en el sofá... La doncella me abrió la puerta. La miré: sus ojos claros no me miraban, pero sus pupilas brillaban intensamente. Quedé tan impresionado por su brillo, que no volví la cabeza para mirar a Ana Pía, que desde el sofá me decía adios. No cerró la puerta inmediatamente, y sentí que los ojos de la doncella se clavaban en mí. Llegué aquí corriendo... Lo demás ya lo sabes...

—¿Le has dicho todo a la policía?

—Casi todo.

—Yo tengo mucho miedo... Tengo miedo desde que conocí a la condesa Marani. Presentía la desgracia... Y no estaré tranquila hasta que nos dejen salir de París, hasta que dejen de vigilarnos.

—¿Vigilarnos?

—Si, ¿te creías que no lo había notado? Nos han vigilado esta tarde durante el paseo, y tal vez ahí en el corredor tengamos más de un policía...

—Así es; pero es natural que si sea... ¿Crees en mi inocencia?

—Creo, Juan María; creo, porque sé que me has dicho toda la verdad...

Se miraron. En los ojos no habia ni la más ligera sombra. Se besaron. Un beso, el más puro y amoroso que jamás se dieron.

Pasaron muchas horas en lento y pausado desfile.

Ellos estaban rendidos y querian dormir.

Cuando la luz matinal comenzó a penetrar por la rendija del cuarto,

alumbró el rostro de los dos. El de ella, tenía un ritus de sufrimiento, y sobre la colcha de suave seda, sus manos apretaban un rosario de cuentas de marfil.

Levantáronse muy temprano.

Los periódicos de la mañana, traian las noticias últimas del más apasionado de los crímenes. Lo más sensacional, venia escrito en gruesos caracteres: LA DONCELLA PERSONAL DE LA CONDESA MARANI HA DESAPARECIDO MISTERIOSAMENTE.

—Esto lo cambia todo, ¿verdad, Juan Maria?

—Así parece.

—Y nos podremos marchar enseguida...

—Es tu obsesión.

—Si, estoy obsesionada con la partida.

Todo habia cambiado, al desaparecer la doncella,

—¿Vienes conmigo? Voy a presentarme a la policia...

—Prefiero quedarme en el hotel.

Carmen quedó sola en la habitación y se dispuso a leer los periódicos con detenimiento. Queria recordar la figura de la doncella y le aparecia esta borrosa y esfumada. En vano haría esfuerzos por recordar su rostro y aquellas miradas brillantes que tanto impresionaron a Juan María ¿Cómo era la doncella? Trabajaba incansable su cerebro; algo se le queria escapar... ¿qué era? ¿qué podría recordar que se relacionase con la desaparecida?.. ¿qué...? Fué aquella tarde... la doncella era alta, esbelta, de cabellera negra... ¿sus ojos? ¿el brillo? ¡Sí! Vió saltar chispitas de ellos... ¡ahora recordaba! Estaba ella sentada con Alejandro, el secretario de Ana Pía... Y a proposito de Alejandro, ¿cómo no hablaban los periódicos de él?... Aquella tarde estaban sentados los dos. La doncella se acercó con una bandeja; el austriaco la miró... justamente entonces fué cuando notó el brillo intenso de los ojos de la mujer...

Pasaban los minutos con lentitud de horas. Ella estaba arrepentida de haberse quedado en el hotel. Cuando Juan María volvió la encontró nerviosísima y llorosa.

—¿Qué te pasa? ¡Si no he tardado ni media hora! Te has impacientado sin motivo... Eres una niña... ¡Estos nervios! ¡Eal ¡Alégrate: nós vamos de París ahora mismo.

—¿Qué podemos irnos?—preguntó incrédula

—¡Claro!... Ya está todo averiguado aunque la prensa no lo haya dicho... Y quizá no lo diga todo nunca, porque el asunto es muy complicado. Algo me ha dicho el Consul... No te dije que ayer hablé con él... Fuí a verlo porque veía el asunto un poco serio para mi, en tanto no se averiguara la verdad no te lo dije por no alarmarte más de lo que estabas. Gracias a su intervención volví ayer pronto... El crimen parecía motivado por rencores, tal vez por celos o por

venganza, esa era ayer lo impresión.

—¿Y entonces.. ?

—Parece algo político: espionaje. Hoy apareció la doncella, pero muerta; es decir, asesinada, con un revólver igual al que utilizaron para matar a la condesa Marani. Apareció con el cabello teñido de rubio; la policía buscaba al austriaco que no había salido de Paris, lo han detenido de una manera original. Y él, es el asesino de las dos.. ¿El motivo? Algún día lo sabremos; ahora todo permanecerá en el mayor secreto y le darán cualquier versión, por el cariz internacional del asunto... En fin, Carmen todo pasó; ahora a disfrutar nuevamente de nuestra luna de miel. Vámonos a Italia. Es un pais de ensueño ¿Por qué bajas la cabeza?...

—Porque no tengo ganas de continuar el viaje... No te disgustes Juan María, pero este viaje de bodas es ya un suplicio para mi...; más adelante viajaremos... Llévame con mi madre.

—¿A Puerto Real?

—Con ella.., quiero ir con ella...

—Mujer, has perdido tu fortaleza, tu valor... Anhelabas la aventura y al más leve tropiezo con ella, huyes... ¡Oh Carmen, siempre fuiste igual! Huiste de mí, adivinando el peligro. por solo una indiferente caricia en tus brazos, la tarde aquella en las Canteras... Y volviste a huir aquella mañana cuando ya estabas decidida a dejarte pintar... Siempre deseando el peligro, la aventura y huyendo temerosa... Y en tu debilidad, me gustas más, mujer... Iremos a Puerto Real...

—¡Gracias, Juan Marial..

—Eres suave y delicada, como una flor .; dulce y tierna como una niña... Desearía poderte abrazar fuertemente sin hacerte daño; estrujarte entre mis manos sin que te deshojaras...

....

Corría el tren por la llanura verde y blanca. Blanca de sal. Una sal amontonada con simetría y unos montones en hileras, firmes y brillantes que parecian dar la bienvenida a los viajeros.

Corría el tren velozmente. El paisaje se alternaba. Aparecían pinos en grupos jugando a formar pequeños bosquecillos. Reaparecian las salinas con sus grandes montones de sal. Pinos pequeños, torcidos, de redondas copas. Pinos grandes, erectos como gigantescas y extrañas sombrillas Su verdor era una caricia para los ojos dolidos de la brillantez hiriente de la sal.

A pesar del sol ardiente del mediodía, Carmen Salmerón, defendidos sus ojos por unas gafas oscuras, se asomaba a la ventanilla del tren.

—Te dá mucho sol—advirtió Juan María.

Ella le sonrió y con un leve movimiento de mano, le insinuó que se acer-

case.

—No puedo sustraerme a esto—le dijo, cuando estuvo a su lado—cuando voy a Puerto Real, me asomo a la ventanilla... Estos pinitos son emisarios de Las Canteras; y esos montoncitos de sal, parece darnos la bienvenida. Parecen decir «¿Váis a Puerto Real? ¡Felices vosotros!»

Se reían los dos.

Empezaron a verse aparecer algunas casas del pueblo, y ella iba nombrando:

—Aquellos tejados, quiza los únicos del pueblo, son los de San Benito... ahora la torre de San José y la de la Parroquia... y ya estamos en la estación. Observa Juan María, siempre está llena de personas, a cualquier hora... ¡Ah mira, mamá está ahí, al lado del reloj, con la prima Mercedes...

—¡Mamá!

—¡Carmencita!

Se abrazaron emocionadas.

—¡Mercedes, que guapa estás!

—Tu si que vienes preciosa...

Y cuando Juan María abrazó a doña Pilar, dijo esta conmovida:

—¡Hijo...!

Al salir de la estación, exclamó Carmen;

—No quiero coche para ir a casa porque está muy cerca. Y además quiero recobrar el pueblo paso a paso... ¡ay, mamá, como me gusta Puerto Real!

—Es natural, hija, es natural.. Puerto Real es, como la salita de estar acogedora y tranquila, de la casa grande de España...

Para Carmen, todo era gozo

—Mira Juan María—le dijo al llegar a la casa—que espaciosa es la casa-puerta, como le llaman aquí al portal..; fíjate que cancela... No, por favor mamá no toques el timbre; llama a la campanilla, que al vibrar, parece alegrarse por nuestro regreso...

—¡Oh, esta hija mia, siempre igual!...

Y ya dentro, comenzó a decir:

—Tú no conoces la casa y te la voy a enseñar enseguida... El patio es espléndido y estas columnas son de mármol... como la pila del centro; ¡qué buena eres mamá! ¡sabes como me gusta ver el agua del surtidor!...

—No he sido yo; fué Mercedes la que se acordó...

—Vales un sol, Mercedes... Aquí, alrededor del patio, las habitaciones; frente a la puerta, ese salón grande que es el comedor, con ventanas y salidas, al jardín; es igual a la mayoría de las casas de aquí; estas habitaciones de la derecha, también dan al jardín... Este es el dormitorio de mamá... Esta la

ocupa Pilar cuando viene...

—La vuestra ahora.

—¿De veras? Me gusta mucho esta habitación... Bueno, vamos a la azotea...

—¿A la azotea con este sol, Carmen?

La convencieron facilmente de que no debería subir.

Llegó la tarde, y con ella, un airecillo fresco que compensaba con creces los rigores del día que iba pasando. La calle se llenaba de pequeños ruidos: Unos ruidos familiares, por lo diarios. El vendedor de mariscos, con su cesta al brazo, cubierta con blanco lienzo, lazando su corto pregón:—«¡Camarones; cangrejos!»—El rodar del carrillo del vendedor de helados, gritando alegre—«¡El riiiiquillo helado...!» Y voces cantarinas, suaves y tiernas de niños. De muchos niños. Pasaban rodando muchos cochecitos de todos tamaños y modelos, empujados por las niñeras y por más niños. Era aquel, un largo desfile. Un desfile de gracia, de felicidad y de aromas. El murmullo de sus vocecitas y el estallido de sus risas, llenaban a aquellas horas y todos los días, las calles del pueblo.

Se iban calmando los rigores del día y la tarde llevaba como cortejo, el airecillo suave, blando y fresco, y, el desfile de niños para Las Canteras, palacio único para albergarlos y conjugar sus voces con los trinos de los pajarillos y con las melodias del viento.

Era la hora de Las Canteras, cuando estas tomaban la revancha al mar y reclutaba niños en sus grandes patios, y los hinchaba de ilusiones y los hacía héroes, al llegar a los primeros lentiscos, gritando: «¡A correr montes!»

Correr montes; trepar por los declives del terreno — los ojillos de fuego, las caritas encarnadas, y las boquitas entreabiertas respirando hondamente— y llegar a la cúspide del mismo, era la proeza. ¡Qué encanto el de Las Canteras!

Carmen y Juan Maria estaban ya en la azotea, apoyados en el pretil, mirando al mar; un trocito de mar, como un hermoso espejo, al que se asomaran, coquetas, unas hileras de casitas.

—Allí tienes el fondo del cuadro que no llegarás a pintar nunca.

El, sonrió.

—Y si te paras a pensar, Juan Maria, el cuadro, tal y como lo concebiste no merece tal nombre. Hubiera sido un bonito cartel de propaganda; un cartel de fiestas veraniegas... Y hubiera sido un acierto, que, al pié de mi retrato hubiera escrito: «LA BELLA SIRENA»... ¡Estupendo cartel, para un café de puerto!

—Y es verdad, pero en fin, gracias a ese cuadro fantasma, la bella sirena, es hoy mi mujer ¡y no es poco triunfo!..

Se hablaron sus ojos; se apretaron sus manos, que entendieron el mudo lenguaje. Rieron locamente los ojos. . Y llegó, un suspiro hondo poniendo final al silencioso diálogo.

—¡Qué felicidad!

—¡Qué bien se está aquí! Me gustan las azoteas como esta: llenas de macetas con geráneos y claveles y blancas... Cuando llego a Puerto Real, lo primero que hago es subir aquí. La azotea es una habitación más de la casa; me parece un oratorio sin imágenes...

—¿Qué pueblo es aquél?

—¿Aquel que está en lo alto? Se llama Medina; es el vigía de toda esta llanura. Cuando pequeña, subía con mi padre aquí y él me decía que Medina es la ORACION, que Medina pide a Dios bendiciones para estos pueblos de la ribera... ¡Es bonito poder creer esas cosas que creíamos cuando niños!...

—Es más bonito saber, que, todavía las crees tú...

—Quizá, Juan Maria, quizá, porque todo lo que nos rodea, toda esta naturaleza pletórica de dones, está cantando contínuas alabanzas al creador.

Hubo un pequeño silencio, que ella rompió.

—Cuando niña, me gustaba leer un libro de un poeta andaluz: Juan Ramón Me lo regaló mi padre un dia de la Virgen del Carmen; me esperaba con esa sorpresa a la vuelta de la procesión. Un capítulo del libro se titula «La azotea» Solo por ese capítulo creo que me lo regaló mi padre, sabiendo que además todo el libro sería de mi gusto...

—Leeré el libro... Leeré todo lo que a tí te guste, quiero llegar a compenetrarme tanto contigo, que sienta como tú, y piense como tú...

—Sí. Y solo así seremos un matrimonio perfecto.

Se iba la tarde tan suavemente, que no sintieron sus pasos,

—Mira esa azotea de al lado, Juan Maria, llena de pajarillos; estarian en esta si no estuviéramos nosotros. A estas horas vienen, y se llegan al huerto y al jardín; yo he subido muchas veces y al verme han echado a volar. «Volad, volad; id a cantar cerca de Dios...» Juan Maria, estoy llena de felicidad. ¡Qué poco trabajo me costaría ser buena, teniendo siempre esta dicha que tu cariño me proporciona!

—¡Carmen!

—Siéntate aquí. Hay que detener el momento; hay que tirar de él, para que no se escape... No podremos explicar jamás con palabras, nuestros sentimientos de esta tarde... Juan Maria... -en la voz, latía una súplica.

—¿Qué..? - él, estaba dispuesto a todas las concesiones.

—Mañana iremos los dos a la Gruta; nos pondremos bajo la protección de la Virgen de Lourdes, ¿quieres?.. Es la devoción del pueblo; una devoción dulce y sencilla como todo lo de aquí.. ¿Te habló de esto doña Cristina?

Me lo contó en sus primeras conversaciones, ¿como no, siendo una auténtica portorrealeña?.. Me habló de la Peregrinación, del milagro de la paralítica.

—¿Te contó el de las piedras..?

—¿Qué piedras...?

—Las de la Gruta...

— No recuerdo...; creo que no...

—Yo se lo he oido a un familiar del que hizo la Gruta... Se lo he oido contar a mi madre muchísimas veces, pero no sé si sabré yo contártelo a tí.. Un santo predicador supo por revelación,que, la Virgen quería culto bajo la advocación de Lourdes en la bahía gaditana ...; parece ser, que todo fueron dificultades en los puntos donde expuso el predicador los deseos de la Señora..; solo Puerto Real, el pueblo más pobre se entusiasmó y se propuso construir la Gruta..; todos los escollos se soslayaron con la ayuda de Dios, pero no se encontraban piedras naturales para la construcción..; por fín, sin decaer los ánimos valientes, se decidieron por la piedra artificial... Cuentan que el encargado de la obra, iba un dia, muy triste pensando en estos obstáculos, hacia unas salinas a realizar unos trabajos; tenia prisa y acortó el camino, y en las arenas de la playa estuvo a punto de caer por que habia tropezado con unas piedras Son las que tienen la Gruta. Allí se encontraron. Precisamente en un sitio que no tenía dueño. Las piedras eran de Ella y solo habia las exactas... Iremos mañana ¿verdad, Juan María?... Es una devoción dulce y sencilla; tan sencilla, como humilde es la del Señor Chiquito..

—Me gusta que seas así... Iremos:

Quedaron callados en una meditación fácil. Subia del jardín un vano de fragancias, suave y delicioso. La noche llegaba rápidamente. Cuando dejaron la azotea se habia cuajado su techo de estrellas.

....

Se sucedian los dias agradablemente. Las visitas apenas los dejaban libres. Una de las primeras, fué la de doña Cristina.

—¡Como me figuré yo que esto iba a ocurrirl -- dijo.

—¡Y tuvo que ser en Puerto Real...!

—Sí, en Puerto Real aunque nos casáramos en Madrid

—Aquí conocí yo a tu padre...

—Sí; mamá, de memoria me lo sé; lo conociste en un baile; papá veraneaba aquí por casualidad... La historia se repite con ligeras variantes; tambien Juan Maria vino aquí por casualidad..

—¡Cuanto me alegro —añadía doña Cristina— de vuestra felicidad!

Eran felices; total y plenamente felices.

Avanzaba el tiempo y cada dia que pasaba, eran más el uno del otro. La compenetración, iba haciendose completa. Gustábale a Carmen hurgar en el espiritu de Juan María. Aprobaba este, con satisfacción, estas intromisiones, agradeciendolas. El alma del artista guardaba insospechados ángulos, abrigando fuertes sentimientos. En sus exploraciones, se asomaba el alma de Carmen

con un poquito de temor, y se alegraba enseguida, cuando notaba con qué facilidad se podian entender.

Confiaba Carmen, en que la bondad de su madre abriría ante su esposo, panoramas espirituales que él nunca vislumbró. La bondad de su madre y el amor de ella reeducarian a Juan María, que era bueno y sensible.

Hablaban a veces, madre e hija furtivamente:

—¡Qué suerte he tenido, mamá!.. ¡Qué bueno es!

—¡Gracias a Dios, hija mia!..

.....

Y otras:

—¡Cuanto me quiere, mamá...!

—¡Cuanto me alegro, Carmen..!

—No merezco tanta dicha...

—¿Y por qué no, hija...?

.....

—La vida es muy bella, mamá...

—La vés con los ojos cargados de felicidad.

—Es muy dulce vivir.

—Porque eres muy dichosa. Dá gracias a Dios, y pídele conformidad y contento para cuando te llegue la adversidad.

.....

Saboreaba con deleite la dicha, y todo para ella era motivo de placer. Gozaba los momentos. Los buscaba, los alargaba. Era bonito vivir con el corazón bañado de felicidad, inclinado a todo bien. Despertaba todas las mañanas llena de gozo. Siempre tenia en los labios un comentario para su amor. Juan María seguía llamandola soñadora. Se reía cuando le hablaba de aquellas cosas, y ella le decía entre risueña y seria:

—No soy lírica, es decir, no soy la única; somos muchísimas personas; pero no lo confesamos, ni siquiera lo demostramos por miedo a que se rian de nosotras...

Con ojos burlones la miraba él aquella mañana, mientras descorría la cortina de la ventana que daba al jardín

—¡Oh, Juan María, que rosas tan bonitas!. ¡Qué lozanía!.. son tan hermosas, tan alegres, que parece que se rien... ¿Qué mejor oración que mirar la sonrisa de esas flores y reir con ellas?..

—Te levantas hoy romántica...

—Déjame que hable lo que se me ocurra; nunca lo hice; temía la burla; te hablo a tí como si tu fueras yo misma .., es un placer decir en alta voz lo que se piensa... Recuerdo que una vez, íbamos unas cuantas muchachas por la

calle Ancha, bajando hacia la calle de La Plaza; desde allí se domina perfectamente el mar, pero un mar limitado por la anchura de la calle, enmarcado por ella; se veía aquel día precioso, tranquilo reflejando los barquitos de vela... Te aseguro que se vé como si fuera un lienzo... Yo tenía unas ganas enormes de decir: «¡Qué bonito! Pero no lo dije: pensaba que mis amigas iban a decir:» «¡Precioso, ¿verdad, Carmen? ¡Qué estupendo si en esas barquitas me esperara quien tu sabes! ¡Menudo paseo¡» Mi sorpresa fué, cuando oí decir a una «¡Mirad que bonito se vé desde aquí ese trozo de mar!»... Sentí una alegría muy grande... A pesar de eso, nunca, delante de aquellas amigas, ni de otras, se me ha ocurrido extasiarme ante ninguna puesta de sol, ni admirar un paisaje...

Saboreaba con deleite la dicha, buscando los momentos, alargandolos. En todas las cosas, en todos los objetos, en las plantas, en las flores, veía un motivo para hacer comentarios a su amor. Y la observación le era fácil y espontánea. Agudizaba hasta el máximo sus sentidos, para atisbar en torno suyo los sentimientos de los demás. Así, una mañana, cuando los dos iban a Misa, vieron por la misma calle a otro matrimonio; ambos eran viejecitos. Carmen explicó a su marido quienes eran aquellos señores. Y continuó sus observaciones:

—Si no fueran tan conocidos por el abolengo y señorío de sus apellidos, tendrian que serlo por ese amor tan grande que se profesan los dos ancianos... me emocionan. La miro a ella, con su piel tan suave, tan transparente, tan rosada, que se diría que todavía es de leche y rosas, como en su juventud; y esa sonrisa de bondad, a flor de labio, por donde asoman todas las mieles de su corazón... El aún no ha perdido gallardía, pero quizá sea porque se siente mirado por los ojos amorosos de ella; será un bello duelo de finezas, de bondades, de cariños... ¡Que amor tan puro...!

Por la tarde, salieron muy temprano...

—Hoy es sábado—había dicho Carmen al salir del templo—y vamos a ir a la Estación. Los sábados, traen los trenes a todos los maridos de las veraneantes. La Estación celebra los sábados su día alegre. Se llena de niños que esperan al papá y a los regalos que el papá trae; es la espera de estos trenes, una dulce y risueña espera; están los ojos de todos cargados de dicha; yo he venido muchas veces, sin tener que esperar a nadie, solo por disfrutar de ese espectáculo del día alegre de la Estación.

Juan María cotejaba su reloj con el del andén

—Es temprano para el exprés... ¿que tren es ese que viene por allí?

—El tren del Dique; un tren de obreros.

—¡Qué curioso...! Se bajan en marcha

—Están impacientes por llegar.

—La máquina viene entrando de espaldas...

—Siempre entra así... es por no sé qué de maniobras... yo digo, que parece

que la máquina se averguenza de entrar de espaldas, y por eso lo hace tan despacio y los hombres no le temen, se burlan de ella, de su timídez.. «¡Ah, — podría decir ella--si yo en vez de ser tan apocaca, tan humilde, fuera una de esas, orgullosas y arrogantes de un exprés o de un correo, estos hombres, no me tomarian a chacota.»

Se había llenado el andén de hombres de todas edades, y todos salian de él con prisa.

Prisa por llegar a sus hogares. Prisa por quitarse del calor de la calle, por lavarse y cambiar de ropa. Era un desfile rápido de figuras dantescas, que exhalaban, al pasar un vaho agrio. Pronto eran absorbidas por las casitas de fachadas llenas de desconchados, con patios muy limpios, cuajados de macetas de claveles y geráneos; después, cuando la tarde resfrescaba y salian estos obreros a la calle, no podian ser reconocidos aquellos hombres limpios, bien peinados, de rostros y mirada inteligente.

—Los obreros de Puerto Real son los mejores. Entre ellos hay verdaderos artistas. Son inteligentes y habilísimos.

Diez minutos despues de la entrada de aquel tren casero de locomotora jadeante, por cansada y por vieja, que sudaba agua y vapor por todo su cuerpo, apareció en dirección opuesta, la mole empenachada de humo denso de la máquina que encabezaba el expreso de Madrid.

A distancia, solo ella destacaba majestuosa acercándose a toda marcha. En la graciosa curva del paso a nivel, hizo un esguince virando hacia el pueblo, y dejó ver entonces su cuerpo de vagones semejando un gusano gigantesco.

—Parece - comentó Carmen - que viniera despreocupado siguiendo su camino, y al darse cuenta de la proximidad de Puerto Real quisiera acariciarlo y se aproximara, llegando hasta aquí para ofrecer, en su parada, pleitesía al pueblo.

Sonrió Juan María ante aquella nueva creación de la fantasía de su mujer que todo lo idealizaba, y cuando el tren les dejó el paso libre, siguieron su paseo a Las Canteras, a pesar de que el sol aún hacía setir su fuerza.

Ocuparon uno de los primeros bancos. Así, sentados en aquel sitio, veian llegar a los niños en bandadas, y mas tarde a las personas mayores.

El cielo era de un tono azul muy fuerte. Comenzó a soplar un suave vientecillo fresco y susurrante como la voz de un misterioso brujo enamorado que invitara a adentrarse en aquel palacio mágico, donde cada recodo ofrecía una sorpresa y cada rincón un secreto; donde los pinos, los zarzales, los lentiscos, el romero y el tomillo, era su ornamento.

—¿Entramos en Las Canteras, Carmen?

—Entremos; la tarde es espléndida y el pinar parese que nos está invitando a entrar en él.. ¿Conoces el Pino Gordo?